
CIENCIA FICCIÓN
LUCKY MARTY
LOS SOSIAS

LOS SOSIAS

LUCKY MARTY

LOS SOSIAS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 38.771 – 1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Capítulo primero

«...y lo que hoy nos parece mentira o fantasías de locos visionarios, mañana la realidad viva nos enseñará que es verdad incontrastable, con la que nos tendremos que habituar...»

Periódicamente, saliendo de la letargia de su aburrimiento, de su monótono vivir y de la mezquindad de sus problemas, los habitantes de la Tierra alzan la vista al cielo e interrogan el Cosmos infinito, para ahondar en sus secretos.

Pero hay que admitir que siempre que hacen esto lo realizan impelidos por fenómenos extraterrestres que llaman su atención, por noticias sensacionales que les hablan de Platillos Volantes, o por señales de radio misteriosas cuya procedencia todos ignoran.

En tales casos, a los comunes habitantes de la Tierra les entra más temor que curiosidad, más recelo que afán científico y, también, ¿por qué no decirlo?, más deseo de que todo sea falso o simples equivocaciones, para no tener que enfrentarse cara a cara con la realidad.

Una realidad que parece aterrarles, ya que implica la posibilidad de que allá, en cualquier punto remoto del Universo, cualquier raza extraterrestre, cualquier fantástica supercivilización, pueda existir y decida visitarnos.

Al hombre medio todo esto le desagrada: ha venido creyendo durante mucho tiempo que es el rey de la Creación y la posibilidad de que no sea así le disgusta, le humilla, le rebaja y le deja convertido en una simple muestra de la maravillosa variedad de la Vida.

La raza humana quiere seguir siendo la reina del Universo y rechaza por instinto y quizá también por soberbia, toda posible competencia. Su reacción es la del niño mimado que ve en la llegada del nuevo hermanito una merma en el cariño de sus padres.

Por esto el hombre no se predispone a recibir amistosamente a los posibles habitantes de otros mundos. Antes al contrario: los considera de antemano nefastos y perjudiciales para él. De ahí que se afane para rechazarlos, si es que osan acercarse a su mundo.

En menor proporción y a guisa de ejemplo, éste ha sido el conflicto interno de las razas humanas. La remota antigüedad nos habla de luchas entre asirios y babilónicos, de egipcios e hititas, de persas y griegos, de romanos y bárbaros, de cartagineses y romanos, de vikingos y normandos, de franceses e ingleses y de todos los colonizadores, que pelearon contra las razas de todos los nuevos continentes.

Durante siglos y siglos, cada raza, cada pueblo, empuñó las armas con la íntima convicción de que ellos tenían la razón. Cada batalla ganada al enemigo la tribuyeron a un don del cielo.

Y Dios, afligido, pero sin intervenir en esta ciega pugna de los hombres, siguió dejándoles a su libre albedrío, hasta que por ellos mismos, guiados por la razón, acabaran por amarse los unos a los otros.

Con el paso del tiempo el hombre fue comprendiendo, la Tierra fue pacificándose. El ser blanco o negro, amarillo o cobrizo fue considerándose que más bien era un resultado de tipo geográfico que un motivo de desacuerdo. Hijos todos de un mismo planeta, ¿por qué no llegar a entenderse?

Las otras pequeñas diferencias también se salvaron. Fueron limándose no sin lucha, hasta conseguir un armonioso convivir.

Y en la Tierra se hizo realidad un sueño.

¡Reinó la paz!

* * *

Pero al poco, un nuevo ciclo empezó.

La Tierra no está sola en el Universo: es un punto diminuto perdido en el infinito, donde las luminarias eternas de las estrellas trazan sus pasos de baile. En esa danza incansable se agrupan en las Espirales, en los Conglomerados Globulares, y forman las incontables Vías Lácteas.

Cada Vía Láctea es una gran familia de estrellas donde se agrupan algunos miles de millones de ellas. Cada estrella es un sol y, a su vez, éste tiene por hijuelos a sus planetas.

Cada planeta puede ser un mundo semejante a la Tierra. Sus posibles habitantes cósmicos pueden ser de múltiples formas y estar constituidos de mil maneras.

Aquí la imaginación se fatiga.

El hombre sabe de todo esto y de su existencia. Pero se pierde en el «Más Allá» y se aterra, adoptando la ingenua política del avestruz y ocultando su ignorancia en el olvido olímpico. Un olvido del que periódicamente tiene que salir por el curso de los acontecimientos.

A partir del año 1945 estos acontecimientos empezaron a sucederse, primero de forma paulatina y luego, poco a poco, escalonadamente, pero con mayor continuidad. Sobre el cielo de la Tierra, aquí y allá, al parecer de forma Caprichosa, empezaron a verse

extraños objetos voladores que, a los cronistas de prensa les dio por llamar «Platillos Volantes», debido a su forma.

Hacía poco que la Segunda Guerra Mundial había terminado y las fechas coincidían con la aparición de los vuelos a reacción. Los modernos aviones volaban a velocidades supersónicas y, generalmente poco informada, la gente creyó que se trataba de nuevas y experimentos de vuelos realizados por alguna de las grandes potencias.

No obstante, poco a poco, los llamados «Platillos Volantes» fueron tomando actualidad. Ya no se trataba de la fugaz visión de cualquier campesino que había creído ver pasar sobre su granja un extraño objeto volador. Hombres de reconocida solvencia y buen criterio afirmaron también haberlos visto. Sobre todo en la parte sur del Continente americano, concretamente en la Argentina, los «Platillos Volantes» hacían su aparición en múltiples sitios.

Astrónomos, físicos y muchos hombres de ciencia, aportaron sus particulares experiencias sobre fugaces visiones. La prensa sensacionalista se hizo eco de tales relatos y puede decirse que hicieron su agosto. Hubo articulista que empezó a escribir sobre la posibilidad de que los Marcianos quisieron visitarnos, y realizaban sus primeros contactos con el hombre tripulando los veloces Platillos Volantes. Todo esto levantó una formidable polémica y durante algunos meses no se habló de otra cosa.

Muchos se divertían, otros especulaban. Los más temblaban interiormente, por más que nada dijeran para no pasar por pusilámines ante los demás.

Después de todo, ¿dónde terminaba la fantasía y empezaba la verdad?

Tocaba a las autoridades de las grandes potencias decidir sobre el caso pero, por ilógico que parezca, no lo hicieron. Se limitaban a comunicar que ninguna de ellas realizaba experimentos de vuelo que no fueran ya conocidos y practicados por los otros países y que, en consecuencia, nada tenían que ver con aquellos fantásticos Platillos Voladores, que bien podían ser simplemente espejismos de ignorantes y fantasiosos.

Pero los «espejismos» se multiplicaban con tal profusión que, aquí y allá, en este y aquel país, hubo pronto miles de personas dispuestas ˆ afirmar que habían visto los extraños objetos voladores. Hasta salió algún que otro estudioso que, recopilando todos aquellos incoherentes relatos, publicó libros sobre los «Platillos Volantes»: libros que se vendieron en cuidadas ediciones y que llegaron a ser los «best-sellers» más discutidos y comentados de su tiempo.

No obstante, sobre el año 1965 el interés de la gente empezó a

decrecer sobre la hipotética visita de los «Marcianos» a la Tierra: veinte años son muchos para que la gente mantenga la atención sobre una misma cosa, máxime cuando el cotidiano vivir requiere interés por las cosas tangibles, concretas.

Y no obstante, durante aquellos veinte años, los Platillos Volantes no dejaron de hacer su aparición en muchos sitios. Incluso en el aeropuerto parisino de Orly, cierto día de junio del año 1960, durante cinco largas horas tuvieron que ser interrumpidos los vuelos de entrada y salida, debido a que, sin explicación posible, varios objetos voladores no identificados se mantuvieron sobre el aeropuerto a gran altura, como si lo vigilasen.

Llegaron de forma inesperada y se fueron del mismo modo, cinco horas después. Por aquellas fechas, también habían ocurrido otros casos no menos curiosos. Un piloto británico de la «B.E.A.», cuando comandaba su gran reactor repleto de pasajeros, distinguió delante del aparato unos haces de luz anaranjados y azules que primero tomó por refracciones del sol. Pero pronto tuvo que cambiar de opinión, cuando el copiloto le indicó que delante de ellos volaba una nave esférica de color plateado, a gran velocidad y sin ninguna clase de ruido. Alarmados, los mismos pasajeros pudieron ver el extraño objeto volador que, caprichosamente, pese a llevar el reactor doble velocidad supersónica en un solo segundo desapareció de su vista, ascendiendo hacia el cielo.

También estaba registrado el caso del piloto norteamericano Perry Lohmar, el día en que sobrevolando Fort Knox en su turno de vigilancia sobre la Tesorería de los Estados Unidos, comunicó por radio a la Base que «algo extraño y desconocido» volaba sobre el lugar donde más oro hay guardado en el mundo. Pidió permiso para perseguir al objeto volador y valientemente, Perry Lohmar ascendió con su velocísimo «X-15» sin conseguir alcanzarlo. Simplemente, se desintegró en el aire, al alcanzar en su empeño una altura y velocidad prohibitiva para la resistencia de su aparato.

Luego, unos meses más tarde, vino todo «lo demás».

Los Marcianos que aterrizaron en una llanura de México, según la versión de dos campesinos: unos sembrados calcinados en cierto lugar de Australia con todos los síntomas de que allí había tomado tierra alguna nave espacial y, desperdigadas entre otras noticias, la confusa declaración de un tal Ralph Mayer que aseguraba haber «hablado» con dos extraños personajes apenas de un metro de altura, tras haberlos visto descender en su «Platillo Volante» en las montañas Highlands, al norte de Escocia.

Por estas fechas en la Tierra ya se había conseguido poner a un hombre en órbita y el ruso Gagarin pertenecía a la historia de los

pioneros astronautas. Las experiencias en este orden se multiplicaron en los siguientes años y, ninguno de los astronautas pudo afirmar haberse tropezado con otros viajeros del espacio que no pertenecieran a la madre Tierra.

No obstante, ante los miles de casos sin explicación posible, se creó un organismo a escala internacional que adoptó las siglas «O.V.N.I.». Eso es: Objetos Voladores No Identificados.

Los responsables de «O.V.N.I.» ordenaron realizar serias y profundas investigaciones llevadas a cabo con tanto secreto, que veinte años más tarde, ya sobre el 1985, nadie podía asegurar en una discusión seria si los Platillos Voladores constituían una realidad o simplemente debían aceptarse todas aquellas extrañas visiones como fenómenos atmosféricos que aún escapaban al estudio y los conocimientos de los hombres.

Nadie... aparte de los jefes de la Organización.

Pero a las conclusiones que llegaron fueron de tal magnitud, de tal certeza, que prudentemente prefirieron callar y mantener el secreto.

Era cierto: la Tierra estaba siendo visitada por seres extraños al planeta.

Y estas visitas no se remontaban solamente a los últimos veinte o cuarenta años. Los investigadores trabajaron bien y concienzudamente y el informe que presentaron a un reducido grupo de personas fue sencillamente sorprendente.

Al parecer y según un profundo estudio de todos los datos al respecto, los Objetos Voladores No Identificados venían haciendo sus periódicas visitas a la Tierra desde hacía... **¡Más de ocho mil años!**

Se llegó a esta sorprendente conclusión tras estudiar y analizar los textos antiguos de viejas civilizaciones perdidas en la larga noche de los tiempos. En China, cinco mil años a. de J. C., ya se hacían vagas referencias a ciertos «Carros Voladores» que surcaban el cielo a gran velocidad. Estas referencias coincidían con las de los antiguos Vedas de la India, que a su vez citaban tales fenómenos en sus libros sagrados escritos en lengua sánscrita. En la misma Biblia, hojeándola y estudiándola con atención, también podían encontrarse referencias en tal sentido, que posteriormente podían irse escalonando con los textos de los escribas egipcios, cuando hacían sus composiciones por orden de los faraones.

Ya en tiempos de las fecundas civilizaciones griegas, en muchos poemas épicos y de carácter religioso, simbólicamente volvían a encontrarse referencias de «Carros Voladores» que pasaban sobre los hombres, según entonces creían, conducidos por esa caterva de pequeños diocesillos griegos de los que su mitología está llena.

El mismo carro de «Pegaso» tirado por el brioso caballo remontándose en el cielo, ¿no podía haber salido la leyenda de la visión de un O.V.N.I.? La marcha del caprichoso Mercurio ascendiendo sobre un veloz carro al Monte Olimpo, ¿no significaba también la fugaz visión de aquella imaginativa gente de un Platillo Volante?

Y ya, en plena Edad Media, las vagas referencias de tales fenómenos se multiplicaban, aunque adoptando cada escritor y cada país su forma particular de interpretarlos: bolas de fuego que ascendían y descendían del cielo: meteoritos que bajaban a gran velocidad anunciando el fin del mundo que nunca llegó porque, sencillamente y de forma inexplicable, cuando ya parecía que iban a chocar con la Tierra, volvían a ascender para perderse en los infinitos caminos del Cosmos: más «Carros voladores» aparecidos en la literatura medieval en gran profusión de escritos, que continuaron citándose a través, de los siglos hasta que, ya en 1945, se empezó a escribir valientemente sobre la posibilidad de la visita de los Marcianos.

Todo aquello no tenía sentido si no se le buscaba motivo común: los Objetos Voladores No Identificados…

Ahí estaban los O.V.N.I., los misteriosos objetos que eran una pura realidad.

Pero… ¿de dónde venían sus tripulantes? ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Por qué llevaban tantos miles de años vigilando la Tierra sin dejarse ver? ¿Querían invadirla, o se limitaban con dominar a sus habitantes por el terror a lo superior, a lo desconocido?

Había tantas preguntas que contestar, tantas sugerencias planteaba el problema, que para no crear la confusión y el terror en la Tierra preciso era seguir guardando celosamente el secreto. Los centros oficiales continuarían dando evasivas y explicaciones más o menos con fundamentos aparentemente científicos. Era preciso evitar que el histerismo colectivo se apoderase de los habitantes de la Tierra. La gran masa nada podía solucionar con sus opiniones y si agravar aún más la situación si reaccionaba presa del terror.

Las decisiones correspondían a la Junta Rectora del Gobierno Central Mundial. Incluso dentro del Organismo internacional, muy pocos miembros debían estar al corriente de lo que pasaba: cualquier filtración podía resultar fatal.

Y entonces empezó la discusión entre los hombres que se sentían responsables sobre lo podría ocurrirle a la madre Tierra.

Capítulo II

Como miembro del Gobierno Central Mundial, en su calidad de Secretario de Defensa, el general Paul Quiin fue tajante en sus conclusiones y propuso, con su característica energía, a todos los reunidos:

—¡Basta de discutir, caballeros! Lo que debemos hacer lo sabemos todos muy bien. ¡Destruir esos condenados «Platillos Volantes»!

Hubo un murmullo en toda la sala y al fin la voz pausada del sabio atómico Curt Hartman indagó lacónicamente, con una leve sonrisa irónica:

—Muy bien, general Quiin. Pero ¿quiere decirnos cómo?

Visiblemente molesto, el general Paul Quiin replicó:

—Esa pregunta es capciosa, profesor Hartman. ¡Tenemos armas suficientemente poderosas para hacerlo! ¡Y usted lo sabe!

—¿Se está usted refiriendo a nuestros cañones atómicos, general Quiin?

Últimamente, todos conocían la enemistad entre el enérgico general Paul Quiin y el calmoso profesor Curt Hartman, y no les costó trabajo captar el ligero tono de burla en la pregunta del sabio atómico.

El Secretario de Defensa miró a todos algo perplejo antes de contestar, para terminar encarándose con su antagonista y casi gritar:

—¡Exactamente, profesor Hartman! Me refería a nuestras armas atómicas en cuya fabricación, precisamente, tanto ha intervenido usted.

—Precisamente por eso sé que no resultarán eficaces, general.

Esta vez no fue el general Paul Quiin quien contestó, al adelantársele el Secretario de Armamentos Sean Buttons que indagó, tan extrañado como el resto de los reunidos:

—¿Cómo dice, profesor Hartman? ¿Está insinuando que nuestras armas atómicas resultarán ineficaces contra esos «Platillos Volantes»? ¡Presuponer eso es tanto como admitir que estamos indefensos!

—¡Es absurdo! —exclamó otra voz—. ¡No puede existir nada capaz de resistir una explosión atómica!

El profesor Curt Hartman alzó sus cuidadas manos y rogó con su pausada voz:

—¡Calma, amigos! Yo no he dicho que esas naves espaciales sean invulnerables a un impacto atómico. Soy un hombre de ciencia y sobradamente sé que toda materia por dura y resistente que sea puede ser desintegrada...

—¿Entonces...?

—Me he limitado a decir que no resultaría eficaz. ¡Que no es lo mismo!

—¿Por qué no? —indagó el general Quiin.

—Porqué… ¿qué adelantaríamos con destruir una, dos, cinco o veinte de esas naves, si nuestros cañones atómicos pudieran sorprenderlas y acertarlas?

—¡Darles un buen escarmiento! ¡Indicarles que no estamos dispuestos a permitir que se paseen tranquilamente por nuestro espacio exterior! ¡Y mucho menos dejarles que se acerquen a la Tierra!

—¡Bah! Eso vienen haciéndolo desde miles de años —insistió con su habitual calma el científico — ¿No ha leído el detallado informe del OVNI, general Quiin?

—¡Lo he leído! Pero no estoy de acuerdo en esa parte. Me niego a creer que hace miles de años que esos «Platillos Volantes» vienen observando la Tierra.

—El informe es muy meticuloso — puntualizó el profesor Curt Hartman—. Particularmente, yo lo encuentro muy acertado y creo que ha venido siendo así.

—En último término, eso poco nos importa ahora — volvió a intervenir el Secretario de Armamentos Sean Buttons —. Lo que nos interesa son sus últimas conclusiones. ¡El saber eme los OVNI son una realidad!

—Al contrario, señor Buttons —le atajó, siempre calmoso, el hombre de ciencia—. El saber que hace miles de años que nos están observando es muy importante. ¡Mucho!

—¿Por qué? ¡Lo urgente es lo de ahora! ¡La certeza de que ahora lo hacen!

El profesor Curt Hartman clavó sus pequeños y vivaces ojillos sin pestañas en el Secretario de Armamentos y dijo, ya sin tono burlón pero tan calmosamente como siempre, dejando caer sus palabras una a una:

—Usted sufre un gran error de apreciación, querido amigo. ¡Muchos de ustedes lo sufren, según veo!

—¿Por qué, profesor? ¿Quiere explicarse?

—Con mucho gusto, señor Buttons… ¡Con mucho gusto!

Era desesperante; estaban discutiendo una cuestión tan urgente y alarmante como la posible invasión de la Tierra por seres extraños al planeta y sin embargo, como recreándose con su calma, el profesor Curt Hartman daba la sensación de dialogar sobre los movimientos de una partida de ajedrez.

La sonrisa volvía a aflorar a los finos labios del profesor Curt Hartman, al decir:

—Repito que los informes del OVNI los encuentro bien fundados y doy por cierto que esos seres extraterrestres vienen observándonos desde hace miles de años. Ello implica que, en remotos tiempos, poseían ya una avanzadísima técnica, capaz de acercarse a la Tierra desde donde quiera que esté en el Cosmos el planeta o el mundo que habitan...

Hizo una ligera pausa mirando a todos los presentes, antes de añadir:

—De esto, lógicamente, pueden deducirse muchas cosas, caballeros. ¡Muchas cosas!... Y una de ellas es que también poseen armas atómicas. O mucho más poderosas aún. ¿No les parece?

—Bueno... ¿Y qué? —manifestó el general Paul Quiin—. ¡Si es preciso, lucharemos!

Curt Hartman se volvió nuevamente hacía él con viveza impropia de sus muchos años, como si la propuesta del general le hubiese aguijoneado.

—¿Luchar?... ¿Cómo y contra quién, mi querido general?

—¿Cómo contra quién? ¡Contra esos Platillos Volantes!

—¿Y sabe usted si los tripulantes de esas naves son realmente nuestros enemigos?

—Tampoco sabemos si son amigos. Pero sí que están invadiendo nuestro espacio. ¡Y eso ya es un síntoma suficiente para advertirles seriamente!

—¿A cañonazo limpio, general Quiin?

—¿Por qué no, profesor?

—Por muchas razones: y una de ellas porque no sabemos cómo pueden responder, amigos míos. Hasta ahora no les hemos molestado y nada nos han hecho.

—Olvida una cosa, profesor Hartman: hasta ahora, no teníamos la certeza de que se trataba de naves espaciales ajenas a la Tierra.

Curt Hartman pareció darse por vencido en la discusión, admitiendo agitando sus delgadas y bien cuidadas manos:

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo, general Quiin! Seamos lo bastante locos como para declarar la guerra a otra raza extraterrestre, de la que nada sabemos, como no sea la certeza de que poseen una técnica muchísimo más avanzada que la nuestra. ¡Seamos lo bastante locos, como para lanzar a un posible cataclismo mundial a toda nuestra raza humana! ¡Y seamos también lo bastante estúpidos, como para destruir todo intento de amistosa aproximación con esos seres que, con seguridad, de haberlo deseado, pudieron destruirnos hace tiempo!

La vehemente perorata del anciano profesor Curt Hartman causó en los reunidos el efecto por él deseado; y, tras un breve silencio, la

voz del Presidente Leo Froebe del Gobierno Central Mundial se dejó oír, como un eco:

—Está bien, profesor Hartman… ¿Qué propone usted?

La voz del sabio atómico dejó por una vez de ser calmosa y pausada, para exclamar hacia la Presidencia, con la misma vehemencia anterior:

—¡Paz!… ¡Comprensión!… ¡Entendimiento!

Una voz objetó desde un ángulo de la sala:

—¿Y si «ellos» no lo desean así, profesor?

Vivazmente giró el interpelado hacía donde surgía la voz, replicando:

—¡«Ellos» ya lo han demostrado que lo desean así! ¡Repito que ya nos habrían exterminado de desearlo!

—Tiene usted excesiva fe en esos misteriosos seres, profesor — formuló otra voz en el opuesto ángulo —. ¿Puede decirnos por qué?

—No… No puedo decir por qué tengo fe en «ellos», al menos con argumentaciones sólidas y demostrables. Pero mi fe es intuitiva… ¡Deductiva, señores!

—¿Por qué deductiva, profesor Hartman?

—Moléstese en pensar un poco y también deducirá usted: seres que han llegado a un grado de perfección de la técnica capaz de viajar por los espacios siderales, forzosamente tienen que pertenecer a un pueblo supercivilizado. Y que yo sepa, la civilización siempre mejora, no embrutece.

—Juzga sobre bases supuestas, profesor Hartman — volvió a intervenir el enérgico Secretario de Defensa Paul Quiin—. Ese razonamiento vale para la raza humana. Pero ¿es válido para «ellos»? Esos seres, quienesquiera que sean, ¿reaccionan igual que nosotros? ¿Tienen la misma moral? ¿Los mismos conceptos sobre el bien y el mal? ¿Lo bueno y lo malo?

—Hay que confiar en que sea así.

—¿Y si nos equivocamos? ¿Si les juzgamos con la medida humana, que no les corresponde?

—Tendremos que correr ese riesgo, general Quiin.

—¡No estoy de acuerdo!

—¡Ni yo!

—¡Yo tampoco!

—¡Opino que debemos tomar medidas ofensivas!

—¡Derribaremos cuantos Platillos Volantes podamos!

La discusión volvió hacerse acalorada y violenta y, quien más quien menos, excitado y levantándose de sus asientos, exponía su

opinión gritando deseando dominar las voces contrarias.

De un vistazo con sus vivaces ojillos el anciano profesor Curt Hartman calculó que sus partidarios estaban siendo desbordados y exclamó, ya perdida su calma habitual:

—¡Locos! ¡Llevaréis a la raza humana a un suicidio colectivo!

Como Presidente de turno del Gobierno Central Mundial Leo Froebe reclamó silencio no sin esfuerzos, y, cuando consiguió que reinase la calma, anunció:

—¡Se someterá a votación!

Rotos los nervios, calculando que sería derrotado, el profesor Curt Hartman se volvió hacia el Presidente, como si le hubiese picado un áspid venenoso, y le señaló con su huesudo índice, acusadoramente gritándole:

—¡Ridículo, señor Presidente! ¡Hay cosas que no deben someterse a la votación de los cretinos!

Nuevo tumulto, nuevo alboroto y airadas protestas al sentirse así insultados; el Presidente Leo Froebe repuso:

—Por favor, profesor Hartman. ¡Sea usted más comedido! Cada uno de los hombres reunidos aquí merece respeto.

—¡No, cuando se comportan como majaderos! ¡Niños mal criados, eso es lo que son todos ustedes! ¡Me río yo de la agudeza e inteligencia de la raza humana! ¡Da asco!

Airado entre un clamor de protestas abandonó su sitio cruzando la amplia sala de reuniones, llegando al fin al cuarto de aseo, en donde ante un lavabo y con el grifo abierto se dispuso a refrescar su arrugado rostro perlado por el sudor.

El anciano profesor Curt Hartman clavó sus vivaces ojillos en la luna del espejo donde se reflejaba su cara, se estuvo contemplando largamente y musitó:

— ¡Atajo de imbéciles! ¿Tendré que variar de plan y destruirles a todos? ¡Será preciso consultarlo!

Capítulo III

Desde el Departamento de Acústica al astródromo de Prestwick había más de mil doscientas millas, pero Lise Borg conectó el piloto automático y ya no volvió a ocuparse del vehículo; tranquilamente, se puso a hojear una revista de modas femeninas.

De modas femeninas y precisamente en la hoja donde venían los blancos vestidos de novias porque, últimamente, había decidido convertirse en la esposa del capital Blay Farrell y celebrar su boda con el modelito más lindo que pudiera encontrar.

A Blay le gustaban las cosas sencillas y Lise Borg no tenía que preocuparse por la elección. Pero... ¿a qué mujer no le gusta estar bonita y elegante, tratándose de su boda?

El tablero del piloto automático se encendió en la luz roja, anunciándole que se aproximaba a un semáforo y el vehículo aminoró la marcha. Pero la muchacha no apartó los grandes ojos azules del vestido de novia que contemplaba. Tenía la seguridad plena en el sistema electrónico que regulaba la intensa circulación por medio de un sin fin de células fotoeléctricas, que entraban en funcionamiento cada vez que un conductor conectaba el piloto automático de su vehículo con el servicio del sector previamente marcado en el tablero de mandos.

Gracias al ingenioso sistema, los accidentes de circulación se habían reducido al mínimo en los últimos cinco años. Prácticamente, ningún vehículo podía entrar en colisión con otro porque las células fotoeléctricas actuaban de forma eficaz sobre los frenos, permitiendo que el coche que tuviese la preferencia pasara sin reducir su velocidad. Los vuelcos o despistes en la carretera también resultaban de todo puntó imposibles: el magnetismo de la pista actuaba sobre las ruedas de forma que, aunque dejaba al vehículo la total libertad de movimientos, aceleración o frenaje, no permitía al coche salirse de ella, a no ser que uno actuase el mando correspondiente para verse libre de aquella fuerza magnética.

Aquella seguridad era el resultado de las conquistas que el hombre alcanzaba en la Ciencia y la Técnica, para su mejor desarrollo en el viejo planeta que habitaba.

Una vez dejó atrás la ciudad, Lise Borg cerró la revista y sus pupilas azules parecieron quedar fijas en el paisaje que desfilaba ante, ella a la velocidad de doscientas millas por hora: prados muy verdes, montañas lejanas con tonos azules y marrones y, de vez en cuando,

grupos de árboles que anunciaban la proximidad de alguna granja, un rancho o un pequeño caserío.

Vida bucólica, tranquila, apacible y sana, lejos del constante trajín de la gran ciudad en donde todos parecían llevar prisa y tener siempre los segundos contados. Como ella misma.

«Como máquinas electrónicas», musitó la rubia muchacha.

Pero, cuando se casara con Blay, todo cambiaría para ella. Él estaba destinado en el astródromo de Prestwick y dejaría para siempre el ruidoso Departamento de Acústica en el cual trabajaba. Allí todo eran ruidos, aparatos complicados para medir, controlar y saber la intensidad de éstos: pantallas oscilatorias que registraban en grandes gráficos los «hertzios», esas unidades de frecuencias que son los equivalentes a una vibración o ciclo por segundo.

¿Qué la importaban a ella los sonidos? Desde que conocía a Blay Farrell, solamente mostraba interés por los que producían sus viriles labios cuando la dirigía palabras de amor. Un «te quiero» de Blay Farrell valía por toda la gama de sonidos que pudiera registrar en su computadora, durante su carrera de especialista.

Aunque, para ser sincera con ella misma, Lise Borg tenía que admitir que la inquietante sensación del amor había llegado hasta ella precisamente a través del estudio de los sonidos.

Recordaba el día perfectamente. No lo olvidaría nunca. Ella estaba ante su complicada computadora registrando la intensidad de unas vibraciones, cuando una voz de hombre que echó todo su laborioso trabajo a perder tronó a su espalda:

—¡Oiga, rubita! ¿Quiere decirme por qué diablos nos han mandado esta citación de la Base?

Lise Borg se había vuelto airada para mirar al inoportuno visitante y gritarle también que saliera de su laboratorio; pero, ante la presencia del hombre, sin saber por qué, frenó sus ímpetus y sólo pudo quedar ante él con la boca abierta.

¡Como una tonta!

Logró recuperarse y avanzó hacia un hombre alto, de anchos hombros, que lucía un uniforme de capitán de las Fuerzas Espaciales y que, a su vez, recorrió toda su silueta femenina con sorpresa y admiración. Aquel militar tenía cerca de seis pies de altura, cabellos rebeldes color castaño y ojos grises, con pupilas penetrantes que turbaron a Lise Borg.

Confusa, se ruborizó como si fuera una colegiala y sólo acertó a preguntarle, desviando su mirada para clavarla en el impreso que él mostraba en la mano, grande y fuerte, de piel morena, curtida por el aire y el sol.

—¿A qué citación se refiere, capitán?

—¡A ésta! ¡Considero que no es oportuna!

Lise Borg recordaba muy bien aquel primer encuentro con Blay Farrell. Y ahora, mientras corría a sus brazos, devorando el vehículo, la cinta de la carretera, sonrió pensando que era natural que estuviera tan enamorada de él. Aquella tarde estaba muy arrogante y atractivo, pese a su enfado, por haber sido citado por el Departamento de Acústica.

También recordaba que ella había logrado recuperarse de la impresión que le causó y que le había contestado con no menos energía, tras leer la citación:

—Aquí el único inoportuno es usted, capitán. No debió entrar en esta sala: yo estaba trabajando y con su vozarrón ha estropeado el registro del sonido que estaba analizando.

Pero él no se inmutó. Agitó una de sus morenas manos y apremió:

—Al grano, rubita. Entré aquí porque una chica me dijo que usted es el jefe. Queremos saber, el coronel Holtzman y yo, qué quejas tienen contra nosotros. Ese papel dice que...

—¡Sé muy bien lo que dice esta citación, capitán! ¡La firmé yo!

Entonces, él empezó a ablandarse, mostrándose más correcto y amable.

—Bueno... Si al menos hubiera sido una citación para cenar con usted...

—¡No es para cenar, capitán! Es para advertirles que sus reactores no hagan tanto ruido cuando vuelan sobre la ciudad. ¡Descomponen todos nuestros aparatos y muchas veces tenemos que repetir el trabajo!

Lise Borg recordaba muy bien que la sonrisa del hombre se amplió al contestar:

—Mire, rubita... El coronel Holtzman y yo podemos ordenar a nuestros hombres que cuando vuelan sobre la ciudad no silben ni hablen. ¿Comprende? Pero ¿quiere indicarme cómo podemos ordenar a los motores de los aparatos que hagan menos ruido, para que no les molesten?

—Ustedes verán la forma de hacerlo, capitán...

—Farrell, rubita... ¡Blay Farrell!

—Gracias, capitán Farrell... Pues, como decía, ustedes verán la manera de evitar que pasen sobre el Laboratorio de Acústica. Le repito que en muchas ocasiones, el terrible ruido de esos reactores ha estropeado el trabajo de horas de investigación.

De pronto, él se había acercado más a la mujer, musitándole:

—¿Quiere que discutamos esto esta noche, señorita? Podría venir

a buscarla y mientras cenamos...

—No sé si debo... Yo...

—Pregúntese si quiere, que es mejor. ¡A las siete estaré aquí!

Blay Farrell había girado sobre sus talones y no le dio tiempo a opinar. Pero ella se había alegrado mucho porque, desde aquella feliz tarde, siempre venía haciendo lo que él quería. En el fondo, darle satisfacción a él ¿no era sentirse feliz ella misma?

Aunque ahora

Ahora estaba haciendo algo que Blay le había prohibido: acercarse a la Base de Prestwich. Claro que Lise Borg se justificaba diciéndose que una mujer enamorada, una muchacha que amaba apasionadamente por primera vez en su vida, no podía resistir siete largas semanas de separación simplemente porque el coronel Alster Holtzman ordenara a sus pilotos que no abandonaran la Base bajo ningún concepto.

Y mientras el vehículo continuaba devorando las millas en la carretera, la muchacha se preguntó una vez más, preocupada:

«¿Qué puede pasar para que les tengan tantos días de servicio? Antes Blay podía venir a verme a diario.»

Ella misma había ido en más de una ocasión al astródomo, en donde junto con los modernos reactores plateados que parecían gigantescos cigarros puros de metal pulido y reluciente al sol, se alineaban unas cuantas naves espaciales al cargo de las cuales estaba precisamente el hombre que amaba.

Blay Farrell, el famoso astronauta que había alunizado varias veces en el satélite natural de la Tierra y que, aquel mismo año, había batido el record de los vuelos espaciales, llevando a su nave hasta más allá de los cien millones de kilómetros de la Tierra.

Lise Borg se horrorizaba cada vez que pensaba en aquellos angustiosos días en los que había tenido a Blay a cien millones de kilómetros.

Entonces, más que nunca y como ahora que hacía siete largas semanas que no le veía y que sólo había oído su adorada voz por el teléfono, se dio cabal cuenta de cómo le quería, de que lo significaba todo para ella.

Capítulo IV

Una luz roja osciló en los paneles del puesto de control de la Base y el centinela se acercó al micrófono, anunciando:

—¡Oficial de guardia! Se acerca un vehículo por la pista número seis.

En la sala de oficiales el teniente Dikson Lolman recibió el aviso y contestó mientras movía la ficha de ajedrez, para contrariedad de su rival en el juego:

—Está bien, muchacho. Si no tuerce por el camino de Cheviot Hills dile al conductor que no puede seguir. Ya sabes la consigna: nadie debe entrar ni salir de la Base.

La voz del centinela llegó hasta la sala de oficiales:

—¡A la orden, señor!

El teniente Dikson Lolman miró satisfecho a su contrario, se puso cómodo en su asiento e invitó con leve gesto:

—Mueves tú, Pat…

El teniente Pat Summer rezongó, visiblemente molesto:

—¡Mueves tú! ¡Mueves tú! ¿Qué voy a mover si a la próxima me das jaque mate?

—Entonces, tira el rey… ¡He ganado otra vez!

Pat Summer le dio un golpecito al rey y la ficha cayó sobre el tablero, arrastrando en su derrota a un fiel peón que se había mantenido firmemente en su puesto, defendiendo las fichas negras. Y el oficial perdedor, para desquitarse de alguna manera, dijo al vencedor:

—Ya se sabe, Dikson: afortunado en el juego, desgraciado en amores.

El jovial Dikson Lolman sonrió, burlándose a la vez llamando la atención de otros oficiales pilotos:

—¡Quién fue a hablar! ¡Hace un siglo que no besas a una chica, Pat!

—¿Yo? Tengo tantas como quiero.

Todos rieron con ganas y Dikson Lolman añadió, zumbón.

—¡Ya, ya! Por eso le rogaste a la novia de Short que te buscase una amiga para salir los cuatro juntos, bribón. ¡Aquí nos enteramos de todo, ladrón!

Molesto por las pullas de los compañeros, el aludido se defendió:

—Claro… Como en estas siete semanas no tenemos otra cosa que hacer que charlar, ese condenado Short os lo ha contado. ¡Comadreja!

El piloto llamado Short no se ofendió por el calificativo. Celebraba las bromas como sus compañeros y por su cuenta añadió:

—Dice que no tenemos nada que hacer. ¿Y los dichosos vuelecitos de patrulla qué, Pat?

—No te quejes, Short. A lo mejor hay suertecilla y, si es cierto que tenemos que interceptar esas extrañas naves que dicen, Pat puede tropezar con alguna marciana. ¡Me han dicho que son muy lindas!

La carcajada fue general y uno de los pilotos añadió más leña a las bromas, contestó al oficial de guardia:

—¿Lindas? No lo creas, Dikson: a mí me han dicho que son horribles. Con dos cuernos en la frente y un solo ojo… ¡Bizco, para más señas!

Pat Summer miró a todos iracundo y refunfuñó:

—¡Muy graciosos!

Tenían que serlo y tomarlo todo a broma en aquellas largas siete semanas que llevaban de constante servicio en la Base, sin poder salir de ella, bajo la más severa pena.

¡Ser fusilados!

Las órdenes que recibió por teléfono el coronel jefe de la Base directamente desde el Departamento de Defensa fueron terminantes. Nadie podría abandonar el astródromo ni entrar en él, bajo ningún pretexto. Los vuelos de patrulla se harían constantemente, día y noche hasta nueva orden. La gran Base de Prestwich estaba encargada de vigilar todo el espacio aéreo del Continente americano, desde Alaska y el Estrecho de Bering, hasta el Cabo Hornos y la Antártida y a una altura que fuera el techo máximo de los más modernos reactores. Las naves espaciales que en número de quince estaban destinadas en la Base harían el mismo servicio: pero remontándose, debido a su mayor capacidad de vuelo, hasta los quince mil kilómetros, vigilando el espacio exterior, con orden de derribar a toda nave espacial que no se identificara a los requerimientos de la radio.

Por supuesto que el Departamento de Defensa se había visto obligado a informar al coronel Alster Holtzman los motivos de tales medidas de vigilancia. No se podía enviar a unos hombres a la lucha sin al menos decirles algo sobre la clase de enemigos con los cuales tendrían que enfrentarse. Al abordar esto la palabra «Marciano» surgió como traída de la mano, aunque el general Paul Quiin insistió que bajo ningún concepto debía utilizarse tal término, dado que no se tenía una seguridad absoluta que los misteriosos Platillos Volantes procedieran de Marte.

En concreto: todas las Bases Aéreas de la Tierra debían vigilar día y noche para interceptar los vuelos de los O.V.N.I.

Se deseaba poner punto final al espionaje de los Objetos Voladores No Identificados. Del resultado de esta vigilancia podía depender la vida de todos los habitantes de la Tierra, que al fin abandonaba su habitual miopía dispuesta a hacer cara al problema.

¡El momento crucial había llegado!

Si era cierto que durante miles de años «ellos» se habían paseado a capricho por el espacio para vigilarles y estudiar las condiciones del planeta, ahora les tocaba a los habitantes de la Tierra sorprenderlos en su pertinaz espionaje.

Los geólogos aseguraban que la Tierra venía girando en el espacio durante billones y billones de años. En todo aquel tiempo, tan largo como una Eternidad, el planeta había pasado por muchas vicisitudes, de todo orden. Las vicisitudes de los últimos veinte mil años no habían sido de tipo geológico, sino más bien los conflictos internos que sus propios moradores habían creado, arrastrados por sus incomprensiones, su ceguera y su egoísmo.

Todo aquello, al fin, había sido superado: en la Tierra reinaba la paz y el Gobierno Central Mundial regía los destinos de veinte mil millones de seres que ya no se dedicaban a exterminarse los unos a los otros.

Pero por lo visto ahora empezaba un nuevo ciclo.

El ciclo de las luchas extraterrestres, con seres cósmicos, habitantes de otros planetas que posiblemente llegaban hasta la Tierra desde otra Galaxia.

Un tenebroso panorama cuajado de incógnitas.

Pero los pilotos de la Base de Prestwitch eran hombres jóvenes llenos de vida y no se habían amilanado cuando se les dio la sorprendente noticia. Antes al contrario: se dedicaban a hacer bromas y hablaban de las «marcianas» como posibles novias para el piloto desafortunado en el juego de ajedrez Pat Summer.

Que la juventud es sana alegría y vitalidad, donde siempre ha radicado la Esperanza…

* * *

Lise Borg se irritó ante las negativas del centinela y terminó por indagar:

—¿Quién es el oficial de guardia?

—El teniente Dikson Lolman, señorita. Pero repito que…

—Dígale que la señorita Lise Borg desea hablar con el.

El centinela miró a la hermosa muchacha rubia y terminó por admitir, malhumorado:

—¡De acuerdo! No he visto a nadie más obstinado que usted, señorita.

Conectó el intercomunicador y en la sala de oficiales se pudo oír su voz:

—¡Oficial de guardia! Aquí el puesto de vigilancia de la pista número seis.

El teniente Dikson Lolman se apartó del grupo de los otros oficiales y ante el intercomunicador anunció:

—Oficial de guardia al habla. ¿Qué pasa, muchacho?

La voz del soldado llegó hasta el grupo de oficiales:

—Aquí hay una venus rubia que desea hablar con usted, señor. ¡Insiste en entrar en la Base! Ya le dije que…

—¿Una venus rubia, muchacho? —le interrumpió sonriente Dikson Lolman. Y luego, volviéndose hacia sus compañeros exclamó, siguiendo con sus bromas —. ¡Prepárate, Pat! ¡Ya las tenemos aquí! Pero en vez de marciana el centinela dice que es venusiana…

Todos volvieron a festejar su salida, aunque el aludido Pat Summer hizo un gesto negativo con su mano, exclamando:

—¡Bah! Puedes guardártela para ti, Dikson. ¡Os la regalo!

Ya más serio, el oficial de guardia se encaró con el intercomunicador:

—¿Qué diablos quiere esa rubita, muchacho?

—Dice que se llama Lise Borg y que es la prometida del capitán Blay Farrell, señor. Llegó con su coche como un cohete sin hacer caso de las señales prohibitivas y dice que no se marchará de aquí sin hablar con el capitán.

—¿Lise Borg? —exclamó el oficial.

Y luego, tras un instante de vacilación acercándose más al intercomunicador:

—En veinte minutos estoy ahí, muchacho. ¡Voy en un «Saltamontes»!

Para todo el personal de la gran Base de Prestwich un «Saltamontes» eran los modernos helicópteros a reacción que generalmente se utilizaban para trasladarse velozmente de una parte a otra del astródromo. También llamaban «Cigüeñas» a las pequeñas avionetas biplazas accionadas por pilas atómicas, que tenían aún mayor velocidad.

El teniente Dikson Lolman se ajustó el traje de pilotar, requirió el casco de manos de uno de los ordenanzas que ya se lo ofrecía y

mirando a sus compañeros anunció:

—La novia de Blay está aquí. ¡No sé qué diablos voy a decirle!

Uno de ellos opinó:

—La verdad: que está de servicio.

Dikson Lolman le miró dubitativo:

—¿Y crees que es normal que llevemos dos meses de constante servicio? Blay la veía antes casi todos los días.

Otro de los oficiales le recordó:

—Las órdenes son órdenes, Dikson. ¡Nadie debe saber que andamos a la caza de Platillos Volantes!

La voz áspera de bajo profundo del coronel Alster Holtzman confirmó entrando en la gran sala de oficiales, haciéndoles volver a todos la cabeza:

—Bien dicho, teniente Masson... Nuestra misión es un alto secreto militar. Cualquier filtración podría significar el pánico colectivo, con muy graves consecuencias.

Todos se cuadraron a la voz del jefe de la Base volvió a tronar:

—Yo iré con usted en el «Saltamontes», teniente Lolman. ¡Hablaré con la novia de Blay!

—Gracias, señor. Es una buena amiga y para mí habría resultado embarazoso mentirle.

El coronel le miró con severidad:

—Tendremos que hacerlo de todas las maneras, teniente. ¡Vamos!

Veinte minutos después, cubierta la distancia desde el centro neurálgico de la Base hasta la pista número seis, el helicóptero a reacción descendió a cien yardas del puesto de vigilancia, donde esperaba el centinela junto a una nerviosa muchacha rubia llamada Lise Borg.

El coronel Alster Holtzman saludó militarmente; por su parte Dikson Lolman saludó a la mujer amistosamente, estrechando su mano:

—¡Hola, Lise! ¿Cómo estás?

—Impaciente, Dikson. ¿Qué pasa con Blay? ¡No lo veo hace un siglo!

Tuvieron que prestar atención al coronel:

—Señorita Borg... Me temo que no podrá ver a su querido capitán. ¡Y supongo que él le diría que no debía venir aquí!

—Así es, coronel. Pero han pasado cerca de dos meses y...

—¡Eso no importa, señorita! El capitán Blay Farrell no puede abandonar la Base, ni recibir visitas.

Lise Borg ya había hablado en otras ocasiones con aquel hombre

y recordaba que nunca se mostró con ella tan seco y distante. Cruzó fugazmente sus pupilas azules con las pardas del teniente Dikson Lolman y nuevamente formuló, la misma pregunta:

—¿Qué pasa, coronel? Nunca hubo inconvenientes para que los familiares, o los amigos, visitaran a sus pilotos. He estado muchas veces aquí y...

—Ahora todo es distinto, señorita. ¡Debe admitirlo así y no hacer más preguntas!

—¡Pero es mi prometido, coronel! ¡Blay y yo acordamos casarnos dentro de tres días!

—Tendrán que aplazar la boda... ¡por ahora!

—¿Por qué? —Y volviéndose al oficial amigo siguió preguntando—: ¿Le ha ocurrido algo a Blay? Por favor, Dikson... ¡Debes decírmelo!

Dikson Lolman se sintió molesto y sólo acertó a decir:

—Bueno, Lise... Yo... nosotros...

Prefirió encargarle la papeleta al coronel, que le fulminó con sus enérgicos ojos:

—El coronel Holtzman te informará, Lise. ¿Verdad, señor?

—¿Eh?... ¿Yo?... Sí, sí, claro... ¡Por supuesto!

Y la mentira brotó de sus labios sin vacilar:

—El capitán Blay Farrell, así como otros de mis oficiales, ¡están arrestados!

Vio la sorpresa y la alarma en los ojos azules de la mujer y amplió, para no complicar su mentira:

—No es de mucha importancia... Simples irregularidades en el servicio. Comprenderá que debo imponer la disciplina y que...

—No se excuse, coronel. Son cosas en las que no debo meterme: pero no veo la razón para que no me deje ver a Blay, una vez que ya estoy aquí. Por muy grave que haya sido su falta, creo que...

Tuvo que interrumpirse al oír los pasos precipitados del soldado centinela que corría desde la torreta de control hacia ellos, gritando:

—¡Coronel! ¡Oficial de guardia! ¡Vengan pronto, por favor! ¡Vengan!

El enérgico coronel Alster Holtzman giró sobre sus talones y sin inmutarse inquirió, fijos los ojos en el soldado:

—¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esos gritos?

—¡Es del puesto de Control Central, señor! ¡Están recibiendo mensajes de la nave del capitán Farrell, coronel! ¡Es muy urgente!

Extrañada, con el recelo en los ojos, Lise Borg miró primero al teniente Dikson Lolman y luego al coronel. Y mientras corrían los tres hacia la torreta donde estaba instalado el intercomunicador, preguntó

molesta:

—¿No me han dicho que Blay estaba arrestado? ¿Cómo es que está pilotando su nave?

No obtuvo contestación al estar ocupado el coronel encarándose con el intercomunicador, preguntando a su vez:

—¿Qué ocurre, mayor? ¡Hable pronto! ¡Aquí el coronel Holtzman!

La voz llegó hasta ellos impersonal, pero claramente audible informando:

—Le pongo con el capitán Farrell, señor. ¡Su nave ha localizado una escuadrilla de Platillos Volantes y se le vienen encima!

Sin poder evitarlo, como sacudida por un resorte, Lise Borg apartó de un codazo a Dikson Lolman y al coronel, precipitándose hacia el micrófono:

—¡Blay! ¡Blay! ¿Me oyes, cariño? ¡Soy yo! ¡Lise! ¡Háblame, por favor!

Capítulo V

A unos quince mil kilómetros de altura sobre la Tierra, por centésima vez en aquellos tres días de constante patrulla, el capitán Blay Farrell ordenó a su copiloto:

—Conecta la pantalla del radar, Claney.

Claney Hill miró al comandante de la nave, informándole:

—Como quieras, Blay; pero andamos escasos de energía. ¡Ese «chisme» consume mucha!

Blay Farrell giró la cabeza hacia la parte trasera de la cabina de mandos.

—¿Qué pasa con las baterías generadoras, sargento Yay?

El sargento Yay Banto a su vez informó:

—Hemos tenido avería, capitán: un cortocircuito las inutilizó.

Blay Farrell miró el panel del cuadro de mandos, leyó unas cifras, mentalmente hizo un cálculo y transmitió a la tripulación de la nave:

—Regresamos a casita, muchachos. ¡Ya tengo ganas de darme un buen baño!

El teniente Claney Hill miró los relojes atómicos y creyó conveniente recordarles:

—Nuestra patrulla no termina hasta las 6.15, Blay. Aún nos faltan tres horas.

—Es lo mismo, Claney: le informaré al coronel que hemos tenido avería en las baterías generadoras de energía. Tres horas más volando en esta lata de sardinas y ya me dirás cómo íbamos a tomar tierra.

La pantalla del radar había sido encendida y, en aquel instante, Claney Hill se inclinó para observar mejor el puntito luminoso que, velozmente, iba cambiando de posición.

Y su voz surgió alarmante:

—¡ Mira esto, Blay! ¡Esa nave se nos viene encima!

Blay Farrell volvió a hacer cálculos fijas las pupilas en el puntito luminoso y a su vez exclamó:

—¡No puede ser la nave de Yoshi ni la de Ray! Yoshi debe de estar volando sobre el Pacífico a la altura de las Hawai sobre la Antártida.

Reaccionó velozmente y conectó la radio en la onda de frecuencia precisa, hablando con cierta excitación:

—¿Yoshi? ¡Aquí «Águila I» a «Águila II»! Repito: «Águila I» a «Águila II»... ¿Me oyes, Yoshi?

La voz de Yoshi-Ito, con su pésimo inglés por ser hijo del Japón, llegó hasta ellos nítidamente:

—«Águila II» a «Águila I». Te oigo perfectamente, Blay. ¿Qué pasa?

Más tranquilo, el capitán Blay Farrell preguntó:

—¿Sigues tu ruta normal de vuelo, Yoshi?

—¡Naturalmente, Blay! ¿Por qué no había de hacerlo? Por aquí todo sigue sin novedad. Aunque a cada pasada que le damos a las islas Hawai despierta la envidia en mis muchachos. ¡Nos gustaría bajar y darnos un bañito en las doradas playas de Honolulú!

Mientras hablaban, los ojos de Blay Farrell no dejaban de observar aquel inquietante punto luminoso en la pantalla del radar y anunció al comandante de la otra nave:

—Corto, Yoshi... Voy a intentar comunicar con Ray.

Al poco, cambiada la frecuencia de onda, Blay Farrell volvía a hablar:

—«Águila I a «Águila III»... ¿Puedes oírme, Ray?

Esta vez fue la voz gangosa de Ray Stell la que llegó hasta ellos:

—Perfectamente, Blay. ¡Ya nos queda menos! Por nuestros relojes dos horas y cuarenta y cinco minutos, para que nos releven. Créeme que tres días «paseándonos» sobre estos páramos helados son aburridísimos, amigo.

—Sigues tu ruta normal, ¿verdad, Ray?

—¿Qué remedio? Tú y Yoshi habéis tenido más suerte. ¿Qué tal las costas de California y Canadá?

—¡Maravillosas, Ray! Pero hay algo que no acabo de entender; en nuestra pantalla tenemos un punto luminoso que no deja de acercarse a nosotros. Si sigue acercándose a esta velocidad, en pocos minutos lo tendremos encima...

La voz gangosa de Ray Stell llegó hasta ellos cuajada de recelos:

—¿Un... un punto luminoso, Blay? ¿Te refieres a alguna astronave?

—Sí, Ray... He comunicado también con Yoshi y ni tú ni él podéis ser. Estoy pensando que puede ser...

—¿Un Platillo Volante, Blay? ¡No!

—Lo es, Ray... Y no uno... ¡Son varios!

En efecto: en aquellos instantes, el índice enguantado del teniente

copiloto Claney Hill le señalaba otros puntos luminosos que iban apareciendo en la pantalla del radar. Todos avanzaban a gran velocidad hacia un punto determinado.

¡Hacia ellos!

—Uno, dos, tres, cuatro. ¡Cinco, Blay! ¡Son cinco! — contó la voz del copiloto Claney Hill.

Blay Farrell cortó la comunicación con la nave «Águila III» y buscó la onda de frecuencia que le pondría en contacto con la Base de Prestwich. Y al terminar de transmitir las señales que le identificaban, pudo informar al mayor de la Torre de Control Central, ya sin molestarse en mirar a la pantalla del radar:

—Mayor Loring... ¡Agárrese bien al asiento! ¡Tenemos ante nuestros ojos cinco Platillos Volantes que están evolucionando, para rodearnos!

Más o menos se esperaba una cosa así y, en aquellas largas siete semanas de constante patrullar por la atmósfera superior que envolvía a la Tierra, cada tripulación había soñado con ser ellos los primeros en descubrir los Objetos Voladores no Identificados, que con tanto afán se buscaban.

Sin embargo, una cosa era soñar con ese encuentro y otra muy distinta estar ya sobre la realidad palpable. Los OVNI estaban allí.

¡Y al parecer en plan de ataque rodeando la nave que comandaba el capitán Blay Farrell!

¿Qué iba a ser del «Águila I», pese a sus poderosos motores y el arsenal atómico del que iba dotada?

El mayor Loring aceptó sin pensar el consejo del joven capitán y se aferró al asiento firmemente al inquirir, conociendo de antemano la respuesta:

—¿Están seguros que son Platillos, Blay?

La respuesta fue contundente, sin lugar a dudas:

—¡Totalmente, mayor! Naves muy grandes y relucientes, redonditas y que parecen girar sobre sí mismas, sobre un eje invisible. No hacen ruido y no sabemos si disponen de motores ni qué energía las mueve. Pero están aquí, bien cerquita de nosotros y lanzando haces de colores por la base anaranjados y azules, cambiando a veces al verde y al rojo intenso...

La información la completó la voz del copiloto Claney Hill, transmitiendo a la Base de Prestwich, para mayor asombro del perplejo Loring:

—No parecen tener ventanillas, señor: son metálicas y creo que herméticamente cerradas. ¡A la velocidad que giran no se puede observar bien!

El mayor Loring sudaba copiosamente e incapaz de tomar decisiones transmitió:

—¡El coronel Holtzman no está aquí! Me dicen que ha ido al Control de la pista número seis.

Y luego, como si se le olvidase algo:

—¡Óigame, Blay! ¿Cree que van a atacarles? ¡Si es así, disparen sus chorros atómicos!

Blay Farrell, por instinto de conservación y pensando también en las vidas de los hombres que tripulaban su nave, estuvo cerca de accionar los mandos que pondrían en movimiento aquellas armas mortíferas desintegradoras. Por muy supercivilizados que fueran los misteriosos seres que tripulaban aquellos Platillos volantes, no era presumible que fabricasen sus naves espaciales con un material capaz de resistir la desintegración atómica.

Pero sus pulgares quedaron rígidos, pensando fugazmente en la enorme responsabilidad que, en aquellos críticos instantes, recaía sobre él.

Si desintegraba con uno de los chorros atómicos una de aquellas cinco naves extra terrestres… ¿Qué podía venir, luego, sobre toda la Tierra? Aquellos misteriosos seres cósmicos, ¿no tomarían luego una justa venganza al verse atacados?

¿Era terrible aquella incertidumbre!

Con el rabillo del ojo miró al copiloto Claney Hill y se esforzó doblando la cabeza para ver la expresión del rostro del sargento Yay Banto. Ellos dos y los otros cinco que tripulaban la nave, no solamente eran sus compañeros de vuelo, sino también sus amigos.

El sargento Yal Banto tenía mujer y tres hijos. El más pequeñín se llamaba Blay, como él: el bueno de Yal había tenido la delicadeza de ponerle su nombre, en honor de su capitán.

¿Iban a morir todos allí?

Blay Farrell tuvo la extraña sensación de que cada segundo tenía la duración de un siglo. ¡Cuántas cosas podían pensarse en un solo segundo en instantes como aquéllos!

Las misteriosas naves extraterrestres seguían rodeándoles en su girar vertiginoso e incansable. En uno de aquellos segundos, Blay Farrell pensó que podían haberles destruido sobradamente a ellos, si es que así lo deseaban. Era de presumir que aquellas naves no llegaban de cualquier confín del Cosmos sin armas eficaces con las que defenderse. Con una técnica tan depurada…

Sin saber cómo, se encontró transmitiendo al mayor Loring:

—Pónganme en comunicación directa con el coronel Holtzman, señor. De lo que decidamos en los próximos minutos dependen

muchas cosas.

—Le comprendo, Blay… Le conecto con la Torre número seis.

—Gracias, mayor Loring… Y otra cosa: no pienso disparar los chorros atómicos… por ahora. Será cuestión de arriesgarse viéndoles bailar esta danza en torno nuestro. Al fin de cuentas, calculo que podríamos desintegrar dos o tres todo lo más y los otros dos…

—Es una medida prudente, capitán Blay. ¡Le pongo con el coronel Holtzman!

Y entonces fue cuando, a quince mil kilómetros de distancia de la Tierra y rodeados por los cinco Platillos Voladores, hasta Blay Farrell le llegó la voz amada y angustiosa de Lise Borg, gritando:

—¡Blay! ¡Blay! ¿Me oyes, cariño? ¡Soy yo! ¡Lise! ¡Háblame, por favor!

CAPÍTULO VI

Blay Farrell se quedó perplejo al oír la voz de Lise Borg en vez de la del coronel Holtzman. Mudamente intercambió miradas con su copiloto Claney, pero encontró ánimos suficientes para contestar:

—Hola, Lise, cariño. ¿Cómo estás ahí?

Pero luego, pensando que tenían otras cosas mucho más importantes que ellos dos mismos, al instante añadió con voz apremiante, sin esperar la contestación aclaratoria de la mujer:

—¡Busca al coronel Holtzman si está por ahí dile que se ponga ¡Es muy urgente, Lise!

Hasta la nave llegó la voz autoritaria de bajo profundo del coronel Alster Holtzman:

—¿Qué pasa, capitán? Me ha dicho el mayor Loring que...

Vaciló un instante ante la presencia de la mujer, pero calculó que todo reparo ya era tardío. Cada segundo perdido podía resultar vital: por eso terminó indagando:

—¿Es cierto, Blay? ¿Son...?

—¡Sí, coronel, sí! Platillos Volantes, OVNI o como quieran llamarlos. ¡Pero están aquí! ¡Frente a nosotros y rodeándonos!

Y luego, con más angustia apremiante:

—¿Qué hacemos, coronel?

Alster Holtzman no vaciló esta vez al contestar:

—¡Disparen! ¡Desintégrenlos!

—¡Son cinco, coronel!

—¡Es igual, Blay! ¡Disponen de doce cohetes atómicos! ¡Le ordeno que disparen!

Blay Farrell calculó las posibilidades de victoria: era cierto que su nave disponía de doce cohetes atómicos, seis adosados a cada lado. Pero, al instante, se percató de que no podrían hacer blanco sobre los cinco, a la primera descarga. En aquella danza que se les antojaba macabra, en su constante girar sobre ellos, al menos dos de los cinco extraños objetos voladores quedaban situados fuera del ángulo de tiro. El que se mantenía delante de ellos y el que por la pantalla del radar indicaba que les vigilaba desde atrás.

De pronto, tuvo que dejar de pensar.

En los auriculares que llevaba pegados a los oídos pareció estallar algo, tuvo la sensación de que sus tímpanos reventaban; y tras una

serie de chasquidos y ruidos confusos, se abrió paso una voz de timbres metálicos que llegó claramente hasta él, ordenándole:

—Síganos, capitán Blay.

En aquel instante Claney Hill le tocó el brazo gritándole:

—¡Han interferido nuestra radio, Blay! ¡Son «ellos»!

Una nueva serie de ruidos ensordecedores llegó hasta ellos a través de los auriculares; al fin la voz metálica les anunció:

—No opongan resistencia y sígannos. Ya no podrán comunicar con la Tierra. Síganos, capitán Blay... Síganos, capitán Blay... Síganos, capitán Blay... Síganos, capitán Blay

Incapaz de resistir los ruidos de la interferencia y aquella cantinela conminatoria, furioso en su impotencia, Blay Farrell se quitó el casco con brusco movimiento, mientras miraba a Claney que, inútilmente, intentaba cambiar la onda de radio.

Sobre el tablero de mandos quedó el casco y de los auriculares continuó brotando la voz metálica que repetía incansable, como un disco rayado:

«Síganos, capitán Blay. Síganos, capitán Blay. Síganos, capitán Blay.»

El copiloto le imitó y a su espalda el sargento Yal Benton hizo lo mismo, arrancándose el casco. Pero no por eso se vieron libres de la impersonal voz con marcado acento metálico que continuaba incansable: «Síganos, capitán Blay. Síganos, capitán Blay...» El comandante del «Águila I» miró a su tripulación que, al instante, estuvo toda reunida en la cabina. Blay Farrell leyó en los ojos de aquellos hombres la perplejidad y la zozobra: pero no el miedo.

No. El miedo aún no había hecho su aparición. Y esto le tranquilizó dándole ánimos para ordenarles: — Cada uno en su puesto, muchachos. ¡No estoy dispuesto a seguir a esos tipos, quienquiera que sean! De momento, ellos son los que nos siguen a nosotros.

Era cierto: la nave de Blay Farrell continuaba surcando el espacio en dirección a la Base de Prestwich y los cinco objetos voladores, siempre rodeándoles, seguían también aquella dirección.

Y al parecer lo hacían sin ninguna dificultad, sin ningún esfuerzo aparente en los motores de sus artefactos voladores, si es que disponían de motores. Se limitaban a girar y girar en torno al «Águila I», acelerando o aminorando la marcha según hiciera la nave perteneciente a la Tierra.

Fue el joven cabo Doyer quien hizo la pregunta, señalando por encima del hombro al exterior con el pulgar de su mano enguantada:

—¿Vamos á dispararles, señor?

—Sí, Doyer... Vamos a dispararles. Y lo haremos en una fracción

de segundo, cuando estemos en la mejor posición del ángulo de tiro. ¿Estamos? Yo daré la orden.

—Sí, capitán…

Claney Hill seguía como hipnotizado, mirando su casco escuchando la voz metálica que no cesaba de ordenar, con pesada y monótona letanía que crispaba los nervios:

«Síganos, capitán Blay… Síganos, capitán Blay… Síganos, capitán Blay.»

—¡Es desesperante! —exclamó el copiloto—. ¡De buena gana les enviaría al infierno!

Con una leve sonrisa irónica, por si le servía de desahogo, Blay Farrell comentó:

—Inténtalo, Claney… ¡Tal vez te hagan caso y se larguen!

Claney Hill se abalanzó sobre la radio y gritó, frenético:

—¡Escuchad, estúpidos! ¿Podéis oírme? ¿No sabéis decir otra cosa? ¡Idos al diablo! ¡No vamos a seguiros! ¿Queda claro?

Nuevos ruidos metálicos y estridentes en los auriculares de los cascos, abriéndose paso al fin la misma voz impersonal:

—Hacen mal, hacen mal, hacen mal.

—¡Malditos sean! ¡Quieren volvernos locos!

Claney Hill dio un furioso manotazo a su casco, que rodó sobre el tablero de mandos tropezando con la palanca de aceleración. Las toberas de los motores entraron en otra fase y la nave pareció encabritarse en el espacio, surcándolo al máximo de velocidad.

Treinta mil kilómetros por hora.

Cuando lograron incorporarse, Blay Farrell miró al exterior y todo seguía igual. Al parecer, el hecho de haber doblado su velocidad no afectaba para nada a sus extraños perseguidores.

Sin embargo, al instante el panorama cambió.

Dos haces de luz amarillenta partieron de la extraña nave que giraba ante ellos, y, al impactar las puntas de aquellos dos rayos en la nave terrestre, sus tripulantes sintieron una sacudida. Como una descarga eléctrica.

El sargento Yal Banto fue incapaz de resistirla y nuevamente rodó por el suelo de la cabina, quedando junto a las botas imantadas de Blay Farrell que se inclinó presuroso sobre él:

—¿Está bien, sargento?

—Sí. Sí, capitán… Sólo perdí el equilibrio al sentir esa sacudida.

Le ayudaron a ponerse en pie y miró a todos interrogante:

—¿Ustedes también la han sentido?

—Sí, sargento. Y me temo que la nave también. ¡Miren eso!

El que habló fue el joven cabo Doyer, mientras su índice señalaba el tablero de mandos, donde una luz roja parpadeaba alarmantemente.

—¡Averías en las reservas de oxígeno! —gritó el copiloto.

Ya no podía dudarse más. La lucha sería hasta el exterminio y «ellos» habían demostrado que poseían rayos eléctricos con los cuales intentarían destrozar la nave. Pero Blay Farrell calculó que mucho más poderosa era la fuerza atómica y el «Águila I» poseía doce cohetes de gran poder desintegrador.

Sólo tenían que utilizarlos y con un poco de suerte...

—¡A vuestros puestos! —gritó.

Fue al retirar su casco cuando se dio cuenta de que aquella letanía irritante continuaba saliendo de los auriculares:

«Hacen mal. Hacen mal. Hacen mal. Hacen mal...»

Furioso empuñó los mandos dispuesto a maniobrar hábilmente para facilitar la puntería de los tiradores y musitó:

—Ahora veréis si hacemos mal o bien las cosas. ¡Os aseguro que muchos de vosotros lo vais a sentir!

Y un instante después ordenaba:

—¡ FUEGO, cabo Doyer!

Uno de los extraños objetos voladores dejó de existir, concretándose en una inmensa llamarada de todos los colores, como si el mismo arco iris hubiese estallado.

El espacio se llenó de explosiones fulgurantes y la onda expansiva de aquella desintegración llegó hasta la nave terrestre. Fugazmente sus tripulantes tuvieron la impresión de que el Sol había reventado en mil pedazos y que instantáneamente desaparecía de su vista, tras una gigantesca capa de humos y vapores de todos los colores, siempre ascendiendo en forma de hongo hacia arriba.

El dantesco espectáculo se repitió casi simultáneamente por tres veces a derecha e izquierda en fracciones de segundo y la voz del cabo Doyer anunció:

—¡Blanco los cohetes uno, dos y tres, capitán!

—¡Buen trabajo, muchacho! —felicitó el comandante de la nave —. ¡Vamos por los otros dos!

Giró veloz la palanca de dirección noventa grados, con afán de que en la vertiginosa revuelta los restantes cohetes atómicos instalados en los costados de su nave pudieran enfilar directamente hacia los otros dos enemigos que les quedaban y que se habían mantenido detrás y ante ellos.

Pero resultó un trabajo inútil y demasiado lento para la enorme celeridad de sus dos enemigos, que, más veloces que ellos, también variaron de dirección. Blay Farrell repitió aún con más premura la

maniobra y todo continuó lo mismo. Un tercer intento con los nervios crispados no obtuvo mejores resultados.

—¡Es inútil! —farfulló—. Nos ganan en velocidad y aceleración en las maniobras. ¡Nunca podremos volver a sorprenderlos para tenerlos a tiro!

Por primera vez en aquellos minutos angustiosos, Claney Hill pareció perder su control, preguntando excitado:

—¿Qué podemos hacer, Blay? ¡Ahora nos fulminarán a capricho con sus rayos eléctricos!

—Calma, Claney, calma... Cuando no lo han hecho ya, será por algo.

Continuaban descendiendo y los contornos de la costa californiana ya eran perfectamente distinguibles a simple vista. El mar y la tierra resaltaban con gran nitidez y fugazmente Blay Farrell pensó que le era indistinto caer destrozado en un sitio que en otro. Quizá, mejor en el Océano para ahorrar el trabajo de su identificación.

En aquellos instantes angustiosos un nombre le vino a la mente: Lise Borg. Había soñado con casarse con ella, ambos habían soñado con aquella felicidad. Y ahora...

De un zarpazo atrapó el casco con los auriculares, donde, de forma impersonal, como si nada hubiese ocurrido a las tres extrañas naves compañeras de las dos que seguían persiguiéndoles, la voz metálica continuaba diciendo:

—Hacen mal... Hacen mal... Hacen mal...

—¿A qué esperáis, cobardes? ¡Terminad con nosotros de una condenada vez! — gritó.

Y entonces, extrañamente, la letanía cambió por esta otra:

—Sigan descendiendo... Sigan descendiendo... Sigan descendiendo...

Blay Farrell miró fijamente a su copiloto Claney Hill.

—Parece que sólo cambian la cantinela cada vez que nosotros les hablamos. ¿Te has fijado, Claney?

—¡Sí!... ¡Es muy extraño!

A sus espaldas, la voz del sargento Yal Benton comentó:

—Más extraño es que, después de lo que han visto hemos hecho con sus compañeros, ellos no nos ataquen a su vez.

—Sigan descendiendo... Sigan descendiendo... Sigan descendiendo...

Blay Farrell volvió a hablar por la radio:

—¡De acuerdo! Vamos a tomar tierra...

Sólo tuvieron que esperar a que pasara la serie de estridentes

ruidos metálicos, para volver a oír:

—Les seguimos... Les seguimos... Les seguimos...

—¡Es desesperante! —volvió a exclamar el nervioso Claney Hill —. ¡Esos tipos se repiten más que un loro viejo!

Más sosegado que su copiloto, Blay Farrell enfiló la nave hacia la Base de Prestwich, no sin anunciar por la radio, al menos para que cambiase la extraña y monótona cantinela:

—¿Por qué se empeñan en seguirnos? ¡Allá abajo les atraparán!

Y tras los ruidos de chatarra vieja revolviéndose en los auriculares:

—Tenemos avería... Tenemos avería... Tenemos avería...

Bien: aquello era para respirar ya tranquilos. Se estaban acercando vertiginosamente a la Base de Prestwich y, a juzgar por lo que ahora seguía anunciando la radio, podía calcularse que no les iban a atacar con sus rayos eléctricos.

Todo aquello era muy extraño. Extraño y desconcertante a la vez.

Si los tripulantes de aquellos objetos voladores eran seres de otros planetas, dé otro Sistema Solar, de otra Galaxia, ¿no comprendían que si les continuaban siguiendo y aterrizaban con ellos en la Tierra al llegar allí serían capturados? ¿Acaso tal eventualidad no les importaba lo más mínimo? ¿Es que no temían? ¿Carecían totalmente de sentimientos y por eso nada habían comentado sobre la desintegración de sus compañeros de vuelo?

—Todo esto me escama —musitó bajito Claney Hill—. Es posible que quieran fulminarnos cuando estemos sobre la Base para que todos vean su poder. ¡Quieren que en la Tierra se enteren bien! ¡Se vengarán!

Blay Farrell miró fijamente a su nervioso copiloto y opinó, dando una muestra de nobleza:

—¿No crees que en el fondo tendrían derecho a hacerlo, Claney?

Le devolvió la mirada, pero con asombro:

—¿Por qué, Blay?

—¡Calcula tú, amigo! No tenemos idea del número de seres que tripulan esas naves, Claney.... ¡Pero les hemos desintegrado tres!

—¡Se lo buscaron! ¡Que se queden en su mundo y no vengan a molestarnos al nuestro!

—Estábamos a quince mil kilómetros cuando les encontramos, Claney. No conozco ninguna ley que diga a esa altura el espacio pertenece a la Tierra.

—¡Monsergas, Blay! «Ellos» querían que les siguiéramos. ¡Lo repitieron mil veces, como papagayos!

La voz pausada del sargento Yal Benton nuevamente volvió a sonar a sus espaldas:

—Lo extraño es que hablen nuestro idioma, capitán.

—Cierto, sargento: ya me he hecho esa misma pregunta. Pero he desistido de contestármela. Bien mirado, todo esto es extraño. ¿No cree?

—Sí, capitán... ¡Ahí está Prestwich!

—Dios quiera que estén las pistas despejadas y podamos aterrizar. Sin comunicación desde hace rato, no hemos podido informar lo que ha pasado y que regresamos.

Y luego, al iniciar la maniobra para el descenso siempre seguidos por su escolta, avisó:

—¡Allá vamos, muchachos!

Jovialmente, el cabo Doyer exclamó mientras se sujetaba con las correas en el asiento:

—No dirán que no regresamos acompañados. ¡Menuda «caza»! ¡Nada menos que dos Platillos Volantes!

—¿Quién cazó a quién? — rezongó uno de los soldados mecánicos—. Que yo sepa, son «ellos» los que nos traen a casita.

Era cierto y, tanto el coronel Alster Holtzman como todo el personal de la gran Base de Prestwich no pudieron nada más que hacer una cosa.

Mirar las maniobras de descenso de las tres aeronaves con las bocas muy abiertas...

Capítulo VII

Blay Farrell posó el «Águila I» en el centro de la pista número dos, mientras que los dos Platillos Voladores, girando y girando sobre ellos mismos vertiginosamente hasta dar la sensación de que no se movían, lo hicieron en el extremo izquierdo de la Base, allí donde no existían pistas y el piso era terreno reseco y abandonado, sin ninguna utilidad.

De la parte inferior de aquellas naves cilíndricas surgieron chorros de vapor de mil colores que, pese a la enorme potencia demostrada al levantar y calcinar la tierra del suelo, apenas hacían ruido.

Al fin quedaron fijas sobre el suelo a unas cinco millas de distancia del centro de la Base, toda en movimiento y agitada con el nervioso ir y venir de los hombres afanados en ocupar cada uno su puesto.

Los artilleros enfilaron los cañones atómicos lanzacohetes hacia los extraños visitantes. Las demás armas convencionales también quedaron aprestadas: veinte tanques de acero de enormes proporciones entraron en movimiento, abriendo la marcha a unos cincuenta vehículos orugas repletos de soldados, también armados con «bazookas» y rifles atómicos, que solamente habían sido ensayados en las pruebas.

Doce vehículos del servicio de incendios corrieron hacia allí, atronando el aire con el ulular de sus sirenas, que aún hacían más tenso el ambiente de agitación y alarma. Diez reactores despegaron de las pistas y se pusieron a evolucionar sobre la Base, en una constante vigilancia sobre los extraños artefactos que nadie podía calcular lo que contenían dentro de sus cilíndricas panzas de unos cien metros de diámetro.

Megáfono en mano, sobre la plataforma de un vehículo que corría veloz por la pista número dos donde ya estaba posada la nave de Blay Farrell, el coronel Alster Holtzman no dejaba de gritar órdenes con su voz de bajo profundo, aún mucho más profunda y cavernosa por la excitación del momento.

—¡Todos a sus puestos! ¡Que cada uno sepa cumplir con su obligación! ¡No quiero ningún fallo, muchachos!

Los altavoces transmitían órdenes por la Base, mientras en la Torre de Control Central, nervioso y sudando copiosamente por cada poro de su piel, el mayor Loring transmitía aquellas fenomenales novedades directamente al Departamento de Defensa del Gobierno Central Mundial:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Aquí la Base de Prestwich! ¡Dos OVNI han tomado tierra en la Base! ¡Están posados a unas cinco millas de la pista central! Han descendido persiguiendo a la nave del capitán Blay Farrell! ¡Estamos tomando todas las medidas pertinentes!

Todo aquel que pudo escuchar la noticia comprendió que se estaban viviendo unos momentos cruciales para la Tierra. La historia del hombre iba a cambiar desde aquellos instantes: la raza humana ya no estaba sola en el Universo, como durante miles y miles de años creyó.

Nadie podía asegurar si aquello sería para bien… o para mal.

Nadie podía conjeturar nada.

¡Nada en absoluto!

La respuesta estaba en aquellas dos enormes cajas de sorpresa metálicas, relucientes al sol y por las trazas fundidas y fabricadas en otro Sistema, en otro planeta, en otro mundo.

Sentir aquello era mucho más inquietante y a la par embriagador, que lo que pudo haber sentido Colón y sus audaces navegantes al descubrir América, llamado entonces el Nuevo Mundo.

Sí: lo era mucho más porque significaba asomarse a una de las infinitas ventanas del Universo y entrar en contacto con Seres extraños a la Tierra, auténticos habitantes de un Nuevo Mundo, infinitamente más interesante de lo que pudieron haberlo sido los primeros nativos americanos a quienes saludaron los europeos.

La imaginación se perdía empeñada en sacar conjeturas y formar suposiciones. Era inútil esforzarse en concebir ideas e imágenes que posiblemente, ante la realidad, tendrían que ser modificadas.

¿Cómo eran aquellos seres y qué querían? ¿Por qué al fin se habían decidido a dejarse ver? ¿Qué motivos tenían para obrar así?

La incógnita seguía allí, en aquellos dos OVNI posados sobre la tierra.

* * *

Mientras se acercaban, el capitán Blay Farrell puso al corriente en pocas palabras al coronel Holtzman de todo lo que había pasado. EL jefe de la Base frunció el cejo y se limitó a decir:

—Extraño… ¡Muy extraño!

Lise Borg iba pegada materialmente a Blay sobre la plataforma del vehículo, al enlazarle con uno de sus brazos por la cintura y permitir que el piloto pasara el suyo por los hombros de ella.

Ocupado en cosas mucho más importantes, el coronel Holtzman no había encontrado la forma de prohibir a la muchacha que entrase en la Base y corriera al encuentro del hombre amado. Todos habían pasado unos momentos terribles cuando quedaron cortadas las comunicaciones por radio, y bien merecía la muchacha poder comprobar por sí misma que Blay Farrell y los hombres de su tripulación habían regresado sanos y salvos.

—¡He pasado un susto terrible! — musitó la muchacha, ocultando su rostro sobre el pecho de él;

La mano ya libre del guante, Blay Farrell oprimió el hombro de la mujer con movimiento cariñoso, contestando:

—Tranquilízate, Lise. No nos pasó nada.

—Pero... Esos... esos hombres que están ahí dentro...

El piloto sonrió para ayudar a tranquilizar a la muchacha:

—¿Hombres?... No sabemos si son hombres, cariño.

—Peor aún, Blay... Si resultan unos seres horripilantes y monstruosos, yo...

—No debiste venir, Lise. El coronel Holtzman no debió permitírtelo.

El aludido se giró hacía ellos, dejando de observar la marcha del vehículo hacia el objetivo donde convergían todos:

—El coronel Holtzman no pudo evitarlo, capitán. En todo caso ahora encárguese usted de que su novia no se acerque a esos... artefactos.

Luego se olvidó de ellos para gritar sobre el megáfono nuevas órdenes:

—¡Formen un círculo! ¡Que nadie se acerque a más de media milla! ¡La Sección de Choque en primera línea! ¡Emplacen los «Bazookas»! ¡La 5.a y 6.a compañías detrás!

Dejó el megáfono en manos de uno de sus ayudantes para encararse con la radio instalada en el vehículo, entrando en comunicación con los reactores que sobrevolaban la zona:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Les habla el coronel Holtzman! ¡Pongan mucha atención a lo que voy a decir!

Antes de dictar la orden, ya con el vehículo parado a una media milla de las dos gigantescas naves extraterrestres rodeadas por los veinte tanques, los cincuenta vehículos orugas repletos de soldados y la Sección de Choque que emplazaban los «Bazookas», el coronel Alster Holtzman miró un breve instante a los quinientos o seiscientos hombres que tomaban todas aquellas precauciones, y al fin ordenó a la escuadrilla de reactores que sobrevolaba la escena:

—¡Repito: pongan mucha atención a lo que voy a decir...!

Respiró hondo y fugazmente sus ojos se cruzaron con las atentas, pupilas de Blay Farrell y la muchacha que tampoco dejaba de observarles.

—En caso de cualquier emergencia, si ven que se establece la lucha y empezamos a llevar la peor parte, ¡no duden en lanzar las bombas sobre el objetivo!

Blay Farrell reconoció la voz del teniente Pat Summer, que en aquellos instantes comandaba la escuadrilla. Y su pregunta tenía tonos de angustia:

—¿Las bombas, coronel? ¿Insinúa que... qué les machaquemos a ustedes también?

—¡Eso he dicho, teniente Summer! Si se inicia la lucha y empiezan a vencernos, ¡arrasen toda esta zona! ¿Queda bien claro?

—Sí, señor... ¡A la orden!

La presión de la mano de Blay Farrell se acentuó sobre el hombro de Lise Borg. Sus ojos se encontraron y mudamente los dos comprendieron la tajante orden del coronel.

Si al salir los tripulantes de aquellas naves se iniciaba la lucha y desgraciadamente los terrestres empezaban a llevar la peor parte, ¿por qué dudar en destruirles también a ellos, si con esa medida se conseguían aniquilar a los extraños visitantes? Pagar el tributo de quinientas o seiscientas vidas humanas en precaución de lo que pudiera surgir de los Platillos, no era un precio muy elevado.

En todo caso, la Humanidad entera recordaría sus nombres como héroes.

La Historia citaría sus nombres como los primeros terrestres que habían iniciado el ciclo de la nueva lucha: la lucha contra los habitantes de otros planetas, de otras galaxias.

Sería una lástima, ahora que al fin la Tierra había conseguido resolver sus problemas internos y por doquier reinaba la paz.

De pronto, Blay Farrell clavó sus ojos en el aparato de radio del vehículo plataforma sobre el que estaban. De allí partían unos ruidos metálicos que él ya había creído oír, cuando volaban en su nave. El conductor vanamente se empeñaba en volver acaptar la onda que les comunicaría nuevamente con la: escuadrilla de los reactores. No lo consiguió y sólo la presencia del extrañado coronel Holtzman impidió » que soltase su gruñido favorito.

Blay Farrell le calmó:

—No te molestes, muchacho. ¡Son sus interferencias!

—¿Cómo?

La seca pregunta venía de labios del coronel Holtzman, que con su firme actitud exigía una respuesta más amplia:

—Arriba nos interceptaron también nuestra radio. O mucho me equivoco o detrás de esos ruidos podremos oír una voz metálica...

Blay Farrell no se equivocó. La radio del coche empezó a zumbar:

—Tenemos avería... Tenemos avería...

Mientras continuaba incansablemente la monótona cantinela, esta vez, olvidándose de la presencia de la mujer, quien soltó un juramento fue el propio coronel Holtzman. Rebulló molesto sobre la plataforma y encarándose con Blay Farrell que sonreía levemente, bramó más que dijo:

—¡Diablos! ¡Condenados sean! Se cuelan de rondón en otro planeta y después de interceptar nuestra radio, todo lo que se les ocurre decir es que tienen avería.

Se volvió colérico hacia la radio y continuó bramando:

—¡Pues salid y nosotros os la arreglaremos, diantre!

Extrañamente, la cantinela cambió repitiéndose una y otra vez otras palabras:

—Vamos a salir... Vamos a salir... Vamos a salir...

Alster Holtzman se volvió hacia sus oficiales y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Atención! ¡Todas las armas listas!

Quinientos hombres clavaron sus pupilas en las dos esféricas astronaves. Mil manos apretaron las armas, dispuestos a disparar. Por un instante pareció reinar el silencio en toda aquella apartada zona de la Base de Prestwich, sólo rasgado por las pasadas de los reactores que, a gran altura, continuaban observándoles.

El ruido que siguió hubiera podido recordar a Lise Borg el tenue silbido de su cafetera cuando preparaba el café matinal, o cuando la olla a presión anunciaba que la comida estaba lista.

Pero, especialista en Acústica al fin y al cabo, identificó el silbido como el escape a presión de alguna compuerta al ser accionada, al ser abierta.

De pronto, un haz luminoso, intensamente blanco, hirió sus pupilas. La luz venía de una compuerta que se había abierto en una de las astronaves cósmicas y les habría cegado si, poco a poco, como regulando su intensidad, no hubiese quedado reducida a la normal de una bombilla de 100 watios.

Una escala metálica y plegable apareció por aquella puerta iluminada y al poco, impasibles y rígidos como autómatas, los extraños tripulantes cósmicos empezaron a descender...

¡Fue un momento único, sin par, en la historia de los hombres!

Capítulo VIII

Eran robots.

Una docena de robots de dos metros de altura, anchos y macizos con las extremidades articuladas, posando las planchas metálicas de sus grandes pies sobre los peldaños también metálicos de la escalera descendente.

Cuando llegaron sobre la tierra el rítmico ruido de sus pisadas cesó y, siempre en fila india, siguiendo al que les precedía, variaron de dirección marchando acompasadamente hacia el cemento de las pistas.

Era una escena alucinante y extraña.

¡Robots, seres mecánicos!

¿Ésos eran los habitantes de otros mundos?

Absurdo: «alguien» tenía que haberlos «creado».

Al fin, la fila de los doce robots quedó parada sobre la pista número uno y allí dieron media vuelta como disciplinados soldados. Quedaron rígidos e inmóviles como si las baterías o la energía que les animaba se hubiese agotado: sólo un parpadeo azul en uno de los orificios de sus cuadradas cabezas, anunciaba que no era así.

El coronel Holtzman pudo al fin cerrar la boca que había mantenido abierta en contra de su voluntad, musitando casi sin voz:

—Bueno, señores... Vamos... ¡Vamos a saludar a nuestros visitantes!

Frenó con una mano el movimiento de Lise Borg que se disponía a seguir al capitán Blay Farrell, ordenando a la rubia muchacha:

—¡No, señorita! Ahora será buena chica y permanecerá aquí. Sólo me acompañarán el capitán y mi ayudante. La presencia de usted podría turbarles... ¡No deben de estar acostumbrados a ver mujeres tan bonitas!

La gentileza y los comentarios del enérgico coronel Holtzman tenían aquel aire festivo y despreocupado, porque habían salido todos de una enorme tensión, en la cual estaban dispuestos a esperar lo peor. Afortunadamente los primeros contactos con los extraños visitantes no podían ser más pacíficos y esto fue lo que hizo bromear al jefe de la Base.

Lise Borg no protestó, y cuando los tres hombres hubieron avanzado unos cien metros, les vio detenerse.

—Creo que debería acercarme solo. Puede que...

—¿Por qué, capitán? ¿Quiere presumir más tarde sobre la prioridad de este encuentro?

—Hablo en serio, coronel. ¡Pueden ser peligrosos!

—No lo creo, Blay… Míreles bien: parecen ser soldados perfectamente disciplinados. ¡Ojalá que mis hombres se mantuvieran firmes así! ¡Da gusto verlos!

Los tres hombres siguieron avanzando, alcanzando a distinguir más detalles a medida que se acercaban a los doce formados robots. Sí: tenían dos ranuras en la cabeza a guisa de ojos y otra más abajo, como si fuera la boca. En todo el conjunto se podía observar que, quienquiera que fuera su constructor, se había esforzado en darles una apariencia «humana».

Lo denotaba así aquellos dos brazos y piernas articulados, con dedos en las manos que podían ser capaces de manejar utensilios: el cuerpo era sólido, cuadrado como la cabeza, unida al tronco por una espiral que debía permitir mover la parte superior a derecha e izquierda.

Blay Farrell calculó que, aun siendo de acero-aluminio, bien podrían pesar los mil kilos, todo dependía del complicado mecanismo que llevasen dentro.

Cuando ya sólo faltaban pocos metros, intencionadamente Blay Farrell se adelantó unos pasos dejando rezagados al coronel y su ayudante; y, pese a la nueva sorpresa, no pudo por menos que sonreír al observar que, seguramente movido por células fotoeléctricas que le anunciaban su proximidad, el primer robot que encabezaba la formación alargaba su brazo metálico extendiendo su «mano».

La ranura de su boca parpadeó con tonos azules y su voz metálica, fría e impersonal, saludó:

—Hola, ¿cómo está usted?… Hola, ¿cómo está usted?

Blay. Farrell calculó que la letanía continuaría incansable hasta que él replicase y con las ondas de su voz cortase aquel circuito de radio, accionado por el cerebro electrónico que se había puesto en funcionamiento al acercarse él; y por eso contestó, sin dejar de sonreír:

—Muy bien, amigos. ¿Y ustedes?

No se equivocó: la repetida pregunta del robot fue sustituida por otras palabras también incansablemente repetidas:

—Averiados… Averiados… Averiados…

El coronel Holtzman y su ayudante quedaron tras Blay Farrell viendo que estrechaba la mano metálica del robot, musitando el jefe de la Base:

—Ahorrémonos las presentaciones, Blay. ¡Todo esto es ridículo! ¡Un coronel del Ejército saludando a unos muñecos metálicos, que sabe Dios de dónde caen!

Blay Farrell se volvió hacia ellos, siempre sonriente:

—¡Pueden ofenderse, coronel! ¡Hay que ser correctos!

—¿Correctos? ¡Menudo susto nos han dado! ¡Fíjese la que han formado!

—Nosotros, señor, no ellos. En el fondo, créame que me alegro de que sólo se trate de robots. Eso me libra la conciencia de haber desintegrado a tres naves, como ésas.

Holtzman se olvidó de los comentarios del capitán, encarándose con el primer robot formado cortando la cantinela?

—¿Qué pasa con la otra nave? ¿Por qué no se abre?

—No hace falta... No hace falta... No hace falta...

—¿No hace falta? —bramó el jefe de la Base—. ¡Necesitamos saber quién la tripula! ¡Si no salen también, entraremos a por ellos!

—Harán mal... Harán mal... Harán mal...

—¡Narices! Ningún robot, por más perfecto que sea, puede decirme lo que debo y no debo hacer en esta Base. ¿Queda claro, amiguito? Y si decido que mis hombres entren en ese artefacto, ¡entrarán!

—Será peor... Será peor...

—¡Vaya lata! —gritó el coronel—. ¡Y encima nos amenaza!

El primer robot empezó a formular la repetida contestación, cuando instintivamente Blay Farrell debió de interrumpir su circuito parlante al dirigirse al coronel Holtzman:

—Por favor, señor. Creo que no debemos excitarnos. Hasta ahora, por más sorprendente que sea, todo va mejor de lo que pensábamos. Le pido permiso para intentar aclarar todo esto.

—De acuerdo, capitán. ¡Dialogue todo lo que quiera con esos rígidos monigotes de hierro! Le soy sincero al confesar que a mí me parece ridículo hacerlo. El planeta que les envía debió ser un poco más considerado. ¡Un hombre no puede tratar de entenderse con una máquina!

—¿Por qué no, coronel? Si la máquina reacciona inteligentemente, el hombre no debe ser menos que ella.

—¡Adelante, pues, capitán!

—¿Por qué no llevárnoslos de aquí? Usted puede llamar a técnicos en cibernética, para que estudien el control de estas máquinas. De su funcionamiento, de la forma y los materiales con los que han sido fabricados y de otros exámenes podemos sacar muchas consecuencias.

Alster Holtzman miró por encima del hombro del joven capitán a los doce estrafalarios robots allí formados, y dudosamente dijo:

—Bien… Ahora hace falta que ellos le obedezcan y no se nieguen a seguirle, capitán. Pero puesto que parecen mostrarse tan «amistosos» con usted, ¡adelante!

Blay Farrell volvió a acercarse al primer robot, pero quiso experimentar si el que le seguía en la fila también poseía la capacidad de hablar y directamente le preguntó:

—Deseo que me sigáis: no os pasará nada: creo que tenemos muchas cosas de que tratar…

La contestación vino nuevamente del primer robot que encabezaba la formación, quien incluso giró la cuadrada cabeza en dirección al joven piloto, repitiendo con la consabida cantinela:

—Ellos no hablan… Ellos no hablan… Ellos no hablan…

—Está bien ¡Está bien! Contéstame tú. ¿Podéis seguirme?

—Te seguimos… Te seguimos… Te seguimos…

Blay Farrell se volvió con aire satisfecho hacia el coronel y su ayudante, que se mostraba no menos perplejo que el jefe de la Base:

—Arreglado, coronel. ¡En marcha!

—En marcha… En marcha… En marcha —repitió incansablemente el primer robot, siendo seguido por los otros once.

* * *

Mientras, ante el asombro general la extraña comitiva avanzaba por la pista número uno, el coronel Holtzman se volvió hacia su ayudante ordenándole:

—Diga a los hombres que mantengan la vigilancia: todo esto puede ser una hábil trampa. Mientras nos entretienen con estos robots los tripulantes de la otra nave pueden intentar sorprendernos. ¿Quién nos dice que no los envían como cebo? ¡No me fío en absoluto!

El primer robot que marchaba tras ellos debió de captar en su cerebro electrónico aquellas palabras, porque se puso a repetir:

—No hay engaño… No hay engaño…

El coronel Alster Holtzman giró molesto la cabeza y refunfuñó:

— ¡Estamos listos con ese papagayo! ¡Terminará por mareamos a todos!

Capítulo IX

El viejo profesor atómico Curt Hartman estrujó el informe recibido entre sus delgadas y huesudas manos, lo arrojó con furia sobre la mesa de su despacho y ordenó a los dos hombres que tenía delante y parecían esperar:

—¡Mátenlos! ¡A todos! ¡Esos imbéciles saben demasiado!

Uno de ellos, el más corpulento, se atrevió a objetar:

—Perdone, profesor Hartman. Puede ser peligroso... Si entran en sospechas...

—Si hacen las cosas bien no habrá sospechas. Debe parecer un accidente.

—¿De cinco personas y con esos cargos tan elevados, profesor? —volvió a osar decir el hombre corpulento.

—¿Por qué no? Yo me encargaré de que se reúnan en la finca del Secretario de Defensa. El coronel Holtzman y el capitán Farrell no dudarán en acudir a la cita del general Paul Quiin. Al fin de cuentas, están bajo sus órdenes.

—¿Y la señorita Lise Borg, profesor?

— También acudirá, recibirá un mensaje de su querido capitán Blay Farrell.

—Bien, señor. ¿Estarán también en la finca el ingeniero Hokusai y el astrónomo Silvio Lembo?

—¡He dicho que me cuidaré de que los cinco estén allí! —replicó molesto el científico.

El hombre más bajito, que había permanecido silencioso, se atrevió a apuntar otra solución:

—¿No sería mejor y más útil suplantarlos, profesor?

—No disponemos de «material»: hasta un nuevo envío tendremos que emplear medios corrientes, aunque sean menos prácticos y más brutales.

—¿Gases, balas o...?

—Un incendio — atajó el viejo profesor.

Y luego, como explicación para emplear aquel método, añadió ampliando la información a los dos hombres:

—Sé de buena tinta que ese generalito, desde que le nombraron Secretario de Defensa, ha dotado a su finca de recreo de los mayores adelantos. Sí, señores... El general Paul Quiin aprovecha su buen sueldo para rodearse de tantas comodidades como un sátrapa persa. Aire acondicionado, calefacción, piscina con agua caliente adaptada al

medio ambiente, estación de radio «especial» para desde allí despachar los asuntos más urgentes sin interrumpir su descanso… ¡Su finca es una auténtica perfección! Todo movido por la electricidad.

Hizo una pausa mientras acompañaba a sus dos visitantes hacia la puerta del monumental despacho, prosiguiendo:

—Y en una casa así, un cortocircuito puede ser «casual». Si hacen bien las cosas en pocos minutos todo arderá.

—Tendremos que acercarnos a la finca para preparar las cosas.

—¡Perfecto! ¿Creen que pueden sospechar de ustedes? Vamos, Anderson… ¡No sea ingenuo! Usted es «ahora» uno de los hombres de confianza de nuestro flamante Secretario de Defensa: no olvide que está ocupando la personalidad de Ike Anderson.

—Sí, profesor.

—Vayan… Yo me ocuparé de que mañana los cinco se hallen reunidos en esa finca.

—Todo saldrá bien —se animó a sí mismo el hombre más corpulento.

Ante su comentario, el anciano profesor Curt Hartman les miró de hito en hito ya ante la puerta y musitó insinuante:

—¡Eso espero! Si no es así… Ya saben los dos…

—Descuide, profesor. ¡Hasta pronto!

—Nos veremos en la reunión del Gobierno Central Mundial, cuando nos llamen para notificarnos… ¡la luctuosa noticia!

Cuando los dos visitantes le dejaron solo, el sabio atómico cruzó nuevamente el despacho, descorrió un tapiz que cubría una de las paredes de nogal y señalando a la puerta por encima del hombro, ordenó a otro hombre que había permanecido escondido allí:

—¡Cuídate de ellos! Luego deben morir también en ese incendio.

El hombrecillo casi no despegó los finos labios al decir:

—Sí, profesor Hartman.

* * *

Fue en la información televisiva de las seis de la tarde que Blay Farrell y su esposa Lise Borg se enteraron del accidente.

Al parecer, un voraz incendio había consumido la finca de recreo del Secretario de Defensa Paul Quiin en muy pocos minutos. El general tenía como invitados al ingeniero en cibernética Hokusai Aki y al famoso astrónomo Silvio Lembo, así como a su ayudante preferido

el coronel Ike Anderson, aunque éste último había aparecido tendido en el jardín junto a otro hombre no identificado.

Los cuatro criados de la casa también habían muerto carbonizados, asegurando los peritos que el incendio se debió a un cortocircuito. Él último boletín de noticias añadía que más tarde pudo identificarse otro cadáver, que resultó ser el del coronel Alster Holtzman, jefe de la Base de Prestwich.

Luego, el informador pasó a otras noticias de menor relieve y Blay Farrell, muy afectado, accionó desde el sofá el mando a distancia para apagar la pantalla.

Sus pupilas quedaron clavadas en las azules de su juvenil y recién esposa y con voz ronca el hombre habló:

—¡Pobres! ¡Quién podía pensar una Cosa así!

Lise Borg, ya señora de Farrell por su recién casamiento con Blay, tomó las manos del hombre entre las suyas y musitó:

—Apreciabas mucho al coronel Holtzman, ¿verdad, cariño?

—¡Mucho! Siempre fue un hombre íntegro: en la Base todos le estimaban.

Ella se levantó diligente, abriendo el armario y sacando las maletas. Había decidido suspender su soñado viaje y Blay Farrell, aunque al instante comprendió, formuló la pregunta:

—¿Qué haces, Lise?

—Debemos regresar, cariño: a la viuda del coronel la consolará verte en el entierro.

—¡Pero es nuestra luna de miel, Lise! Es...

—No seas tontín: sé que en el fondo lo prefieres así. No estaría bien que faltases a los funerales.

Blay Farrell nada dijo, recordando todo lo que le había costado que le dieran aquellos días de permiso para casarse. Cuando lo solicitó, el coronel Holtzman le había recordado que no era el momento propicio. Sobre la Base de Prestwich aún estaban aquellas dos extrañas naves extraterrestres y las órdenes del general Paul Quiin, como Secretario de Defensa, aún se habían hecho más rígidas desde aquellos acontecimientos: nadie debía salir ni entrar en la Base, como no fuera con un permiso especial firmado por él. Convenía que la sorprendente noticia aún no se divulgase y la forma más segura de que no se corriera la voz era mantener aislado a todo el personal.

Pero en la secreta reunión sostenida en el despacho del coronel Holtzman, tras asegurar que no comentarían con nadie aquellos acontecimientos, el propio Secretario de Defensa les había dado permiso para que se casaran y disfrutaran de unos días de descanso. El pase que les firmó a él y a Lise para poder abandonar la Base fue,

según dijo el general Paul Quiin, como un premio por haber sido la nave del capitán Blay Farrell quien trajo a la Tierra los dos Platillos Volantes.

Mientras Lise continuaba haciendo las maletas, él se quedó perezosamente recordando aquella reunión en la que también habían intervenido, como «personajes» centrales, los doce robots.

Junto con el Secretario de Defensa Paul Quiin llegaron Hokusai Aki y Silvio Lembo, el primero como ingeniero y especialista en la ciencia que tiene por objeto el estudio del control y de las comunicaciones en las máquinas, y el segundo como el más destacado astrónomo. Y ambos hombres de ciencia resultaron muy útiles en aquella reunión.

Ahora que cuatro de los seis que asistieron a la reunión habían muerto, entre el humo de su cigarrillo Blay Farrell se esforzaba en evocar aquellas escenas. Aún creía ver al coronel Holtzman mostrándoles al general Quiin, el ingeniero Hokusai y al astrónomo Lembo los doce robots alineados en su despacho, desconcertado por su presencia y diciendo:

— ¡Ahí los tienen! ¡Eso es todo lo que nos ha llovido del espacio! El planeta que los envía no se distingue, precisamente, por su delicadeza. En vez de mandarnos algún ser inteligente de carne y hueso, o de lo que quiera que estén formados, ¡nos manda máquinas con las que tenemos que tratar!

Sin embargo, el enfrentamiento con el único robot que poseía la facultad de hablar, resultó altamente provechoso.

Provechoso y muy interesante.

Como ingeniero en cibernética, Hokusai Aki comprendió pronto que algún circuito del cerebro electrónico de aquel robot tenía una pequeña avería. El hecho de que repitiese las palabras incansablemente hasta que una nueva emisión de ondas llegaba hasta sus células receptivas y elaboraba la contestación, lo demostraba así.

Quiso reparar aquel inconveniente para un mejor entendimiento con la máquina pensante, y tras pedir permiso al Secretario de Defensa, algo ceremoniosamente se había dirigido al robot preguntándole:

—¿Puedo intentar arreglar eso? Aquí también hemos construido robots parlantes y conozco la técnica. Algo se encalla hasta que una nueva emisión de ondas empuja el rodillo para elaborar otra contestación.

Y, ante el asombro general, la respuesta del robot fue dócil:

—Hágalo… Hágalo… Hágalo…

Diligentemente, y con sus manos diestras, Hokusai

Aki puso al descubierto la caja del mecanismo del robot y, escasamente diez minutos después, la cerraba anunciando:

—Bien: esto ya está.

Entre el humo de su cigarrillo, Blay Farrell creyó volver a ver la sonrisa de todos los presentes cuando el robot contestó, cumplidamente muy agradecido:

—Gracias: su trabajo ha sido magnífico. Es usted muy diestro.

No menos ceremonioso y como buen japonés, Hokusai Aki se había inclinado ligeramente al estilo oriental, respondiendo:

—¡Muy amable! Pero sólo se trataba de uno de los cables del cohesor. Estaba montado sobre el conducto que capta las ondas hertzianas.

Temeroso quizá de que se enzarzasen en una discusión técnica, el general Quiin había intervenido:

—¿Qué es el cohesor, amigo Hokusai?

—Es un aparato que se usa en las estaciones receptoras de radiotelegrafía para denunciar la presencia de las ondas hertzianas, facilitando la circulación de una corriente local que actúa sobre un aparato de recepción. En este caso transmite los sonidos a las células nerviosas del cerebro electrónico, donde quedan registradas e impelen la contestación precisa a lo que se ha preguntado.

Ante esto, el coronel Holtzman había preguntado:

—¿Quiere decir que esos... esos muñecos pueden responder a todo lo que les pregunte?

Blay Farrell aún se maravillaba al recordar la contestación del ingeniero Hokusai Aki:

—Exactamente, coronel: los sonidos producidos al pronunciar una palabra ponen en movimiento un rodillo que selecciona la respuesta. Esos signos seleccionados, a su vez actúan sobre un tambor sonoro que convierte el sonido en voz y ésta se concreta en palabras.

—Bien... Pero supongo que todos los sonidos que nosotros podemos pronunciar al formular nuestras palabras, no tendrán su equivalencia en... en el cerebro electrónico que posee ese robot, ¿no?

El ingeniero Hokusai Aki se había vuelto hacia el robot, diciendo:

—Eso depende de los signos que tenga registrados...

Y sin vacilación, siempre hablando con su voz metálica, el robot había confirmado:

—Poseo dos mil millones de signos, con los que puedo hacer todas las combinaciones posibles.

Blay Farrell y Lise Borg habían sonreído al ver la cara del coronel Holtzman con la boca abierta, síntoma infalible en él de que estaba

perplejo, confundido.

Luego, confusamente, Blay Farrell recordaba todo lo que se había «hablado» allí con el sorprendente robot. Les dijo que hacía miles de años era cierto qué sus constructores les estaban enviando a la Tierra en misión de exploración, que así habían ido recopilando todos los datos con respecto a la raza humana, llegando a dominar todas las lenguas y ciencias que poseían, en un intento de aproximación imposible de realizar hasta entonces, debido a que en Cygni, el planeta en el que habitaban sus constructores, también habían existido luchas internas como en la Tierra y, en muy cortos períodos de su dilatada historia, habían gobernado el planeta los hombres que soñaban con aquel contacto con otros seres cósmicos.

Al llegar a este punto el propio ministro de Defensa le había preguntado al robot:

—Esos seres que habitan el planeta Cygni... ¿cómo son?

El robot había dudado unos instantes, como si no hubiese comprendido al alcance de la pregunta, hasta que al fin respondió siempre con su voz metálica:

—Seres inteligentes: seres civilizados; seres con una ciencia y una técnica muy desarrolladas...

—No, no es eso —había insistido el general Paul Quiin—. Me refiero a cómo son físicamente, exteriormente... ¿Qué apariencia tienen?

Nueva duda en el robot, antes de emitir:

—Hermosos. Bellos. Muy desarrollados.

Al llegar aquí Blay Farrell evocaba el encogimiento de hombros de la muchacha que ahora era su esposa y seguía preparando las maletas, que había comentado:

—Bueno... Todo depende del concepto que tengan de la belleza. Es una cuestión muy relativa.

El robot había movido las articulaciones en espiral de su cuello, para dirigirse a Lise Borg manifestando:

—Los habitantes de Cygni son seres superiores: han vencido a todas las otras razas de su Galaxia.

—¿Otras razas? —había preguntado el mismo Blay Farrell, vivamente interesado por lo que les informaba el robot—. ¿Quieres decir que en vuestra Galaxia hay otros mundos habitados, otros planetas con vida organizada, civilizada?

—Sí: así es. Pero todos son gobernados desde Cygni, excepto Los Sosias, porque éstos son invencibles. Su mismo nombre indica por qué no pueden ser vencidos...

Blay Farrell recordaba sobre todo esta parte de la conversación

con el complejo robot. También le venía a la memoria la pregunta que formuló el sabio astrónomo Silvio Lembo:

—¿Los Sosias? ¿Quiénes son Los Sosias?

—En definitiva, nadie sabe cómo son realmente Los Sosias. Son originarios del planeta Amucis, de nuestra Galaxia, pero viven por todo el Sistema adaptándose a las condiciones y la apariencia exterior del planeta en el cual se instalan. Hablando en términos humanos, un Sosia puede convertirse en un perro y vivir en él, en un elefante, un gato, una gallina… o en un hombre. Su forma exterior cambia según le conviene y el sitio a donde va. Por eso son invencibles, porque nadie puede descubrirlos. Pero sabemos que existen y que se extienden… ¡Siempre se extienden!

Estas últimas palabras las formuló el robot poniendo en su entonación impersonal y metálica mucho más énfasis, como si con ello quisiera indicar la terrible fuerza de los misteriosos Sosias.

El ruido de una de las maletas al ser cerrada por Lise le distrajo de sus recuerdos, y Blay Farrell preguntó a la mujer:

—¿De veras estás dispuesta a suspender nuestro viaje, cariño?

—Después de ese desgraciado accidente en la finca del general Quiin, debemos hacerlo, Blay.

—Tienes razón, Lise: si esos cuatro hombres han muerto, sólo quedamos tú y yo como testigos presenciales de todo lo que habló el robot de Cygni en aquella reunión. Es posible que nos necesiten para ampliar el informe que presentó el general Quiin a los miembros destacados del Gobierno y…

Una idea acudió a su cabeza y se dio una palmada en la frente, para extrañeza de la mujer que indagó:

—¿Qué te ocurre, Blay?

—¡Diantre! ¡No había pensado en ello hasta ahora!

—¿En qué, Blay?

—¡En que todo esto puede ser obra de Los Sosias! ¿No recuerdas, Lise ¡El robot enviado desde Cygni nos estuvo hablando de ellos!

—¡Ah, sí! Pero no creo que…

—¡Quién sabe, cariño! ¿Podemos tener la seguridad de que Los Sosias no están ya aquí? ¡Qué han llegado ya hasta nosotros! De ser así muchas cosas quedarían explicadas, Lise…

La mujer le miró fijamente antes de decir, algo alterada:

—No es posible, Blay. ¡Sería horrible!

—¡Claro que sería horrible, amor mío! En este mismo instante, tú misma no puedes estar segura de si yo soy realmente el capitán Blay Farrell o bien uno de esos extraños seres que ha tomado mi apariencia. Y yo… ¡Yo puedo decir lo mismo de ti, Lise!

—¡'Calla, por favor, Blay! ¡Esta idea no me gusta!

—A mí tampoco, Lise. Pero estoy pensando que... ¿Recuerdas lo que nos dijo por teléfono el coronel Holtzman, cuando le llamé para notificarle que nos habíamos casado mucho antes de lo que inicialmente esperábamos?

—¿A qué te refieres, Blay? No recuerdo nada: eso debió de decírtelo a ti cuando después de saludarle a él y a su esposa te devolví el teléfono.

—Me refiero a lo que ocurrió en la Base. ¡Alguien destruyó a los doce robots!

—Sí: ahora recuerdo que luego lo comentaste conmigo. Pero me dijiste que el coronel Holtzman tenía la impresión de que había sido un desgraciado accidente.

—¡Sí! Un accidente... ¡Cómo el que ellos han sufrido ahora! ¿No ves alguna relación? Los robots quedaron destruidos por un cortocircuito, también, igual, que la finca de recreo del general Paul Quiin...

Lise Borg le miró fijamente antes de decir:.

—Me estás preocupando, Blay... Pero no creo que una cosa tenga que ver con la otra. En la finca del general Quiin han muerto otras personas, además de él, el coronel Holtzman, el ingeniero Hokusai y el astrónomo Silvio Lembo. Acabas de oír conmigo que también estaban allí Ike Anderson, el ayudante predilecto del general, y otro hombre que no ha podido ser identificado... Además de los criados.

—Sí; pero de la información del hecho se desprende que el ayudante del general y el otro individuo no estaban con ellos. Fueron encontrados en el jardín.

—Si piensas que alguien está interesado en matar a todos los que pudimos oír las informaciones que nos dio el robot de Cygni, te equivocas. ¡Tú y yo estamos bien vivos, Blay!

—Sí, Lise, pero... ¿Por qué? Porque hasta los más íntimos ignoraban que decidimos casarnos y salir de viaje sin rumbo fijo.

Lise Borg quiso tranquilizarse a ella misma y sonrió, terminando de recoger las cosas para regresar a la ciudad:

—A veces, tu imaginación es sorprendente, Blay.

Él tampoco quiso preocuparla y le quitó importancia a todo lo que habían hablado, estrechándola entre sus brazos y besándola:

—Tienes razón, Lise. ¡No hablemos más de esto!

Capítulo X

Al descender del vehículo y mientras Blay abría el portaequipajes para sacar las maletas, la portera se acercó con un sobre a Lise Borg anunciándole:

—Llegó esto para usted, señorita Borg. Pero como no dejó señas ni dijo donde iba, yo...

—No tiene importancia, señora Ransky.

Pero al mirar el sobre y reconocer la letra de Blay Farrell quedó extrañada. Él ya entraba en el portal cargado con las maletas y ella le ofreció el sobre sonriente, proponiéndole divertida:

—Ábrela tú, cariño... O mejor que me digas de memoria lo que me escribiste antes de que fuera tu esposa.

Blay Farrell, quedó perplejo, sin poder recoger el sobre por tener las manos ocupadas con las maletas:

—¿Escribirte yo? Perdona, pero ya sé que hace un siglo no lo hago. Esas últimas semanas de continuo servicio en la Base me tenían muy ocupado y...

—Pues es tu letra. ¿No la ves?

Blay Farrell dejó las maletas y tomó el sobre. Le dio dos vueltas en sus manos e hizo un mohín de extrañeza:

—¡No lo comprendo, Lise!

Cuando logró sacar la nota escrita su extrañeza aumentó. Allí estaba escrito con su letra y su firma:

Un pequeño cambio, Lise:

Te espero esta tarde en la finca de campo del general Paul Quiin. Nos cita allí para hablarnos de cosas que nos interesan a los dos. No faltes, cariño.

Blay Farrell

La viril mano del piloto astronauta estrujó el papel nerviosamente entre sus dedos. Luego lo pensó mejor y lo desarrugó para volver a leer la nota que parecía escrita por su puño y letra.

Nada dijo a la mujer, pero Lise Borg comprendió.

La voz de su esposo estaba transformada al preguntar:

—¿Qué me dices ahora, Lise? Alguien te escribió esta nota para que acudieras a la finca del general y encontrar también la muerte allí.

—Pero ¿tú no la escribiste, Blay?

—¿Por qué? Desde que salimos de la Base no hemos dejado de estar juntos.

—Entonces… A mí… a mí…

—¡También querían asesinarte, Lise! ¡Esto es una prueba!

—¡Es horrible!

—¡Horrible y monstruoso! Quienquiera que sea, el muy canalla ignoraba que decidimos casarnos y pensó que tú regresarías a tu casa, recibirías esta nota con mi letra falsificada y acudirías a «mi» cita… ¡Una sucia trampa!

Instintivamente, la mujer se acercó a él que la estrechó allí mismo entre sus brazos:

—¡Tengo miedo, Blay!

La portera los miraba y en su rostro había da satisfacción con mezcla de complicidad que suponía debía mostrar para unos jóvenes recién casados. Pero Blay Farrell le mostró el sobre arrugado por encima del hombro de su esposa y preguntó:

—¿Cuándo le entregaron esto, señora Ransky?

—No sé… Hará unos dos días.

—¿Quien se la dio?

—El cartero.

—Bien: gracias, señora Ransky. Por aquí no averiguaremos nada. Vamos arriba, Lise.

—¿Ocurre algo? —preguntó la portera.

—Nada, señora Ransky. ¡Nada!

Ya cerca del ascensor, nuevamente cargado con las maletas, le ordenó:

—No estamos para nadie… ¡Diga que no hemos regresado aún!

—Como guste, señor Farrell. ¡Les comprendo!

Nada más abrir su apartamiento, Lise Borg se dejó caer sobre el sofá. Ocultó el rostro entre las manos y desde allí preguntó al hombre, que empezó a examinar las habitaciones:

—Así es que… ¿fue un asesinato?

—Sí, Lise… ¡Fue un asesinato!

—¿Qué vamos hacer, Blay?

—Llamar a la policía y ponerles al corriente. Llamaré también a Dikson y le diré que, por su cuenta, haga averiguaciones en la Base. Te dije que él cortocircuito eléctrico que destruyó allí a los robots tenía alguna relación con el otro cortocircuito que incendió la finca del general Quiin.

—Pero… ¿Quién? ¿Quién ha podido ser?

—Lo ignoro, cariño. Pero la pregunta que más interesa, además de ésa, es… ¿por qué?

—Sí, claro, Blay… ¡Todo debe de tener un motivo!

—Y debe de ser un motivo muy importante. Algo que está relacionado con la llegada de esas dos naves de Cygni a la Tierra.

—En la otra nave, ¿qué había, Blay?

—¡Nada!... Y ése es otro misterio, Lise. Las cosas se han ido precipitando y no hemos podido averiguarlo.

—¿Nada? Pero eso... ¡Eso no es posible!

—Pues así es, cariño: el robot parlante de Cygni nos dijo que la otra nave también venía tripulada por robots mecánicos como ellos. El coronel Holtzman envió a un grupo de técnicos para que fueran por ellos; creo que se abrió la puerta, se iluminó y ahí está lo sorprendente... ¡En el interior no había nadie!

—¿Quién pudo tripularla entonces?

—¿Y qué sé yo? Los técnicos entraron y salieron diciendo que la nave estaba vacía.

—¿Quizá conducida por control remoto desde Cygni?

—¡ Imposible, Lise! Como astrónomo y por los datos y distancias que le dio el robot, Silvio Lembo calculó que Cygni está a unos veinte mil años-luz de nuestro Sistema Solar. Dedujo que el sol o la estrella que calienta ese mundo remoto, debe de estar en la Constelación de Libra. Y es de todo punto inconcebible suponer que una nave puede ser dirigida por control remoto a tantísima distancia.

—¡Veinte mil años-luz de distancia! —repitió asombrada la mujer —. ¿Cómo es posible que hayan llegado esas naves desde Cygni hasta aquí?

—Las distancias no existen para ellas porque la fuerza centrífuga que las mueve multiplica por veinte o treinta mil la velocidad de la luz. Su total forma esférica hace que se deslicen por el hiperespacio con la suavidad de un átomo. Pero aún así, según nos dijo el robot, tardan muchos años en llegar hasta nosotros y ése es el problema que no pueden solucionar sus constructores, los habitantes de Cygni, por más avanzada técnica que posean. De venir ellos mismos en vez de enviarnos los robots para intentar establecer contacto con nosotros, llegarían viejísimos... ¡O ya muertos!

El silencio que siguió a la explicación de Blay Farrell fue roto a los pocos minutos, de reflexionar, por la mujer, que expuso:

—Pero Blay... Estoy pensando que de eso que dices se deduce otra cosa.

—¿El qué, Lise?

—Que esos... esos Sosias que temes ya estén aquí, entre nosotros, tampoco podrían llegar. La distancia es enorme y no resistirían un viaje así, tan largo.

—¿Y quién nos dice que, además del poder de adaptarse a

cualquier forma de vida o apariencia, no poseen también el de vivir mucho, pero muchísimo más que nosotros o que los habitantes de Cygni?

—¿Te refieres a que pueden ser seres inmortales?

—No sé, Lise... Tengo la sensación de que estamos divagando. ¡Y Dios quiera que sea así!

Descolgó el teléfono para marcar el número de la policía y en aquel instante sonó el timbre de la puerta. Lise Borg se levantó cansadamente para acudir a la puerta y, velozmente colgado el aparato, Blay Farrell la persiguió gritando:

—¡No, Lise! ¡No abras tú!

Quedaron los dos muy juntos en el pasillo y el timbre volvió a sonar. Se miraban inquietos, indecisos, con el recelo y la incertidumbre en los ojos.

Ella quiso tranquilizarse y musitó en voz baja:

—Será la portera que se habrá olvidado de decirme algo o alguna vecina.

—Sí... Abre, Lise. Pero yo estoy en ese cuarto vigilando. No quiero asustarte con mis pensamientos y suposiciones, pero no está de más, en vista de todo lo que pasa, que tomemos precauciones. ¿De acuerdo, cariño?

Seguían hablando en voz baja y ella admitió:

—De acuerdo, amor mío.

Y marchó directamente hacia la puerta...

* * *

La franca y jovial sonrisa del joven teniente Pat Summer saludó a la dueña de la casa:

—¡Hola, Lise!

Lise Borg quedó un poco indecisa, preocupada aún por todo lo que había estado hablando con su marido, y esta vacilación en invitarle a entrar la aprovechó el joven piloto para hacer un gesto vago y añadir, divertido:

—Perdón... Quise decir señora Farrell. Porque supongo que ya os habéis casado, ¿verdad, Lise?

—Ya nos hemos casado. ¡Qué tonta soy! ¿No quieres entrar?

—¡Ya era hora! Creí que ibas a dejarme aquí, sin invitarme...

Avanzaron por el pasillo tras cerrar la puerta y el piloto preguntó,

mirando a todos los lados:

—¿No está Blay?

—Pues... ahora viene.

Llegaron al saloncito y la mujer ofreció, acercándose al mueble-bar:

—¿Quieres beber algo, Pat?

—No, nada... Gracias, Lise.

Y luego, casi sin transición y mirándola fijamente, de forma un tanto extraña:

—¿Por qué no fuiste a la finca del general Quiin?

Lise Borg quedó allí, de pie ante él, galvanizada.

Delante tenía al joven piloto Pat Summer, uno de los compañeros de Blay Farrell también destinado en la Base de Prestwich y, sin embargo...

¿Por qué le hacía aquella pregunta? ¿Qué sabía él de la nota que hacía poco, nada más entrar, les había dado la portera?

Quiso ganar tiempo para recuperarse de su asombro lleno de inquietud y se esforzó en sonreír preguntándole a su vez:

—¿Qué dices, Pat?

En la voz del piloto ahora no había entonaciones suaves, amables:

—¿Que por qué no fuiste a la finca del general Quiin? Blay te citaba allí. ¿No es así, Lise?

Ella también cambió de entonación y actitud, mirándole fijamente al responder:

—Son cosas que no te importan, Pat.

—¡Te equivocas! A nosotros nos importa mucho todo esto...

—¿A nosotros? ¿A quién te refieres, Pat?

—No viene al caso... Sólo que ahora las cosas tendrán que suceder de forma distinta...

Lise Borg sintió que le temblaban las piernas. Pero el saber que Blay Farrell les estaba escuchando desde la vecina habitación le dio ánimos, encontrando valor para invitarle nuevamente con un gesto:

—Siéntate, Pat: así podrás explicarme esa actitud tan extraña. Siempre fuiste un muchacho amable y educado y ahora...

—¡Tú qué sabes cómo fui yo siempre!

Su exclamación despreciativa estaba refrendada por el arma que empuñaba su mano izquierda, volviendo a hablar mientras indicaba con la derecha el sofá:

—Siéntate, querida Lise... Voy a ponerte una inyección.

Lise Borg casi estuvo a punto de gritar, llamando a su esposo.

Pero velozmente calculó que si Blay no acudía era por algo y recopiló toda la serenidad que le quedaba para musitar débilmente:

—¿A qué viene esto, Pat? No… ¡No comprendo!

Pat Summer sonreía al ver a la asustada mujer temblar ante él. No dejaba de apuntarla con el arma que sostenía su mano izquierda, mientras con la derecha, hurgando en el fondo del bolsillo de su uniforme, no dejaba de buscar algo que intentaba sacar.

Al fin puso sobre la mesita una jeringa y un tubito que parecía contener una aguja hipodérmica; agitó un pequeño recipiente ante los ojos azules de su víctima anunciando, como para tranquilizarla:

—No temas, querida Lise… Es indolora y dormirás… ¡Dormirás eternamente!

—¡Oh, Dios mío! ¿Vas… vas a matarme, Pat? Pero… ¿Por qué?

—Aunque intentase explicarte mis motivos, no los entenderías, Lise. ¡Créeme!

—¡Quieres asesinarme! ¡Como hiciste con el general Quiin y sus invitados!

Pat Summer pareció sonreír, con grotesca mueca:

—¡Vaya! De forma que tú piensas que el general Quiin y sus «invitados» no murieron «accidentalmente», ¿verdad, Lise? Lo siento, pero… ¡tienes que dejar de existir!

Los nervios tensos, su arma de reglamento en la mano, Blay Farrell escuchaba todo aquello y se esforzaba por no intervenir ansioso de conocer más, saber más del fondo del secreto que movía todo aquello.

Pero la mujer amenazada era Lise, su esposa, el ser idolatrado por encima de todas las cosas y ya no fue capaz al pensar esto de frenarse más.

Por eso avanzó con firmeza por el pasillo y gritó apuntándole al canalla:

— ¡Suelta esa arma, Pat! ¡Suéltala o por Dios vivo que te dejo seco!

Pat Summer no obedeció. Lanzó un grito de fiera acorralada al sentirse engañado y sorprendido, girando a la par sobre sus talones y accionando su índice el gatillo para alcanzar con el disparo a Blay Farrell.

La bala pasó a pocas pulgadas del hombro derecho de Blay Farrell, que a su vez se arrojó al suelo y disparó.

Y su disparo fue mortal…

Pat Summer se dobló como una rama seca tronchada por un huracán, arrastrando en su caída la mesita donde había depositado la jeringa y el tubito con la aguja hipodérmica.

Y entonces ocurrió algo totalmente inesperado y sorprendente.

El pequeño frasquito que Pat Summer había agitado ante los ojos de Lise Borg se rompió, al chocar contra el suelo, una densa nube de humo azulado brotó de la alfombra, el líquido empezó a crecer y crecer como si al contacto del aire se multiplicase a sí mismo, concretándose en una gran mancha que empezó a extenderse por toda la alfombra.

Aterrada y rotos ya los nervios, Lise Borg corrió a refugiarse en los brazos de su esposo, que no quitaba los ojos de aquella mancha roja, líquida y viscosa que parecía tener vida propia y avanzaba hacia el cuerpo de Pat Summer.

Cuando la mancha roja alcanzó la mano del hombre muerto trepó por sus dedos y al hacerlo, según la iba impregnando, la carne se fue diluyendo para convertirse a su vez en más líquido rojo que aumentaba y aumentaba sin cesar.

—¡Es horrible! —gritó la mujer aterrada.

—Sí, Lise… Horrible pero al tiempo… ¡sorprendente!

Lo era porque, ante sus ojos, escasamente a unos tres metros de distancia, el líquido rojo seguía impregnando el cuerpo de lo que fue el piloto Pat Summer y al hacerlo, el cadáver desaparecía, burbujeando como si estuviera en ebullición.

Incapaz de presenciar el horrible espectáculo que al mismo tiempo les atraía como un poderoso imán, cuando el líquido rojo seguía aumentando y ya había hecho desaparecer hasta la cintura el cuerpo de Pat Summer, Lise Borg se desmayó.

Blay Farrell la sintió gravitar con todo su peso en los brazos y comprendió que debía llevársela de allí. Con ella cargado sorteó como pudo la masa sanguinolenta que parecía seguir hirviendo en el suelo, alcanzando la salida de la salita para luego avanzar por el pasillo hacia la puerta.

Salió al rellano y se dirigió a otro apartamiento. Llamó con precipitación siempre cargado con su desmayada esposa y dijo a una cara de mujer despeinada que apareció tras la puerta medio abierta:

—Perdone, señora. ¡Es un caso de emergencia! ¿Puede atender a mi esposa?

—Usted es Blay Farrell, ¿verdad? El prometido de Lise…

—Ya soy su esposo —tranquilizó a la mujer—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, señor Farrell. ¿Quiere que llame al Hospital y pida una ambulancia?

—Se lo agradecería mucho, señora, por favor.

Capítulo XI

Con los ojos muy abiertos y la mirada incrédula, Blay Farrell miró al suelo de la salita y volvió a repetir al inspector Hoffenblad, que le observaba fijamente igual que sus dos policías uniformados:

—¡Les repito que ocurrió aquí! ¡Aquí mismo!

Lewis Hoffenblad, hombre habituado a enfrentarse con los casos más insólitos en su larga carrera profesional, consultó la libreta donde había tomado nota, tras las primeras declaraciones de Blay Farrell, y solicitó calmosamente:

—Vayamos por partes, capitán: ¿sigue insistiendo en que el hombre que vino a verles era el teniente Pat Summer?

—¿Cómo no he de insistir, inspector? Tanto mi esposa como yo, conocimos perfectamente al teniente Pat Summer. ¡Estuvo destinado en mi Base, en Prestwich!

El policía se revistió aún más con su habitual paciencia y nuevamente su mano volvió a pedir calma. Su voz estaba cansada cuando inquirió:

—¿Por qué dice «conocimos» y «estuvo», capitán Farrell? ¿Cree que ya no existe el teniente Pat Summer?

—¡Pues claro! ¡Le vimos desaparecer poco a poco ante nuestros propios ojos, inspector!

Lewis Hoffenblad miró un instante a sus dos agentes uniformados cruzando con ellos una mirada de inteligencia, contestando sus labios:

—Desapareció «comido» por el líquido rojo que brotó del pequeño frasquito que tenía en su mano. ¿No es así

—No me creen, ¿verdad inspector?

Lewis Hoffenblad adoptó una postura vaga, musitando:

—Bueno, capitán... ¡Lo cierto es que aquí no hay rastro de todo eso que dice que sucedió ante sus propios ojos!

¡No sólo ante mis propios ojos, sino también ante los de mi esposa!

—Lo malo es que a su esposa no es posible interrogarla ahora. Sigue inconsciente en el Hospital.

—Cuando se recupere podrá repetirles mis palabras. Y les hablará de la alfombra que también ha desaparecido!

—¡Ya!... En unión del cadáver, del frasquito con el líquido rojo, de la mesita, la jeringa, la aguja hipo- dérmica... ¡Y de todo! ¿Verdad, capitán?

Blay Farrell empezaba a encontrarse molesto, incluso con él mismo. Todo aquello parecía absurdo, pero él sabía que había sido

bien cierto.

¿O tenía que admitir que estaba loco, como seguramente ya empezaban a pensar los policías?

Guardó silencio siempre fijos los ojos en el suelo donde había visto correr el líquido rojo sobre la alfombra; y al no encontrar ninguna señal ni rastro de todo lo que había sucedido, ya cansado, se limitó a decir:

—Bien, inspector: ustedes pueden pensar lo que quieran, pero yo me ratifico en mi declaración. ¿Por qué diablos iba a llamarles, si nada de todo eso que les he contado ocurrió?

—Ésa es una pregunta que me gustaría poder contestar, capitán Farrell. Usted no es un hombre vulgar capaz de sufrir alucinaciones.

—¡ No fue ninguna alucinación! — volvió a encresparse el joven piloto.

—Cálmese, capitán... ¡Cálmese! No estamos insinuando que esté loco o nos haya mentido. Simplemente ocurre que nos cuesta creer todo lo que nos ha contado.

—Es natural —dijo más calmado Blay Farrell—. No son cosas que ocurran normalmente.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted fuera de esta habitación?

—No sé, inspector: no puedo precisarlo. Cuando ante aquella visión horrible mi esposa se desmayó, creí conveniente cruzar al apartamiento de su vecina, la señora Hons, para atenderla mejor allí con su ayuda.

—¿Utilizó el teléfono de la señora Hons para llamarnos, capitán?

—Sí, lo hice una vez tuve la seguridad de que vendría una ambulancia del Hospital.

—Veamos... —intervino nuevamente el inspector Hoffenblad—. Todo eso pudo costarle irnos doce o quince minutos. ¿No es así?

—Exactamente unos veinte, inspector. Lo sé bien porque no hacía nada más que mirar el reloj. Luego, en la ambulancia, acompañé a mi esposa al Hospital y rogué a la señora Hons que les dijera a ustedes que estaría allí, si llegaban antes de que yo volviese.

Uno de los agentes uniformados hizo un gesto para interrumpir lo que iba a contestar su jefe:

—Diga, Jeff — le animó el inspector.

—En el Hospital estuvimos unos quince minutos escuchando... — se interrumpió—. Bueno: escuchando todo lo que nos dijo el capitán Farrell.

—Gracias, Jeff: veinte minutos y quince son treinta y cinco, añadidos a unos diez que tardamos nosotros en llegar aquí y otros siete para localizarle a usted en el Hospital, suman cincuenta y dos

minutos... Pongamos una hora contando lo que hemos tardado en regresar aquí, a esta habitación.

—En ese tiempo, alguien ha podido estar aquí y hacer desaparecer la alfombra, la mesita, el frasquito, el cadáver y... Bueno: todo lo demás.

El cálculo de Blay Farrell no parecía descabellado, pero el inspector insistió:

—¿Y qué me dice del hecho sorprendente de que un amigo, y del teniente Pat Summer, llamase a esa puerta con la intención de matarles? ¿Qué motivos podía tener?

—Perdone, inspector; hay algunas cosas que todavía no les he dicho.

El inspector Lewis Hoffenblad le miró entre severo y divertido, al animarle:

—¡Adelante, capitán Farrell! ¿A qué espera?

—Es que... son cosas que todavía van a sorprenderles más.

—¿Más? — La expresión divertida del policía aún se acentuó—. Le aseguro que después de lo que nos ha contado, pocas cosan habrá que nos sorprendan.

—Bueno, pues... ¡Ahí va!

Blay Farrell respiró hondo, miró uno a uno a los tres hombres y al fin se decidió:

—Creo que el teniente Pat Summer no era humano. ..

La pregunta brotó simultáneamente en boca de los tres policías:

—¿Cómo dice, capitán?

— Ya lo han oído: Pat Summer no era un ser humano. No había nacido en la Tierra... O, al menos, si había nacido aquí, últimamente no era él... Bueno, quiero decir que otro ser vivía dentro de él, utilizando su cuerpo para... para...

—¡Alto, capitán Farrell! —atajó, molesto, el inspector Hoffenblad —. Creo que ya le hemos oído bastante y que usted también debería haberse quedado internado en el Hospital.

Se volvió a uno de sus agentes y añadió, esta vez muy enérgico:

—Pide una ambulancia, Jeff. ¡Y que vengan con la camisa de fuerza!

Blay Farrell dio un bote y se apartó unos pasos de los tres policías. Se situó tras el respaldo del largo sofá y, desde allí, poniendo aquella débil barrera entre ellos, les gritó:

—¡Les repito que no estoy loco! ¡Tienen que escucharme! ¡Últimamente han ocurrido muchas cosas que ustedes y la generalidad de la gente desconocen! ¿Acaso no han oído hablar de los Platillos

Volantes?

—Hemos oído, como todo el mundo, amigo. Sabemos que últimamente se especula mucho sobre los OVNI. Pero no estamos dispuestos a escucharle otra historia fantástica sobre seres extraterrestres.

Y como viera que Blay Farrell se movía en forma que denotaba que no estaba dispuesto a que le pusieran las manos encima, el inspector Hoffenblad volvió a ordenar a sus hombres:

—¡Sitúese ante la puerta, Jeff! ¡Este tipo no debe salir de aquí! Usted llame a la Central, Guy.

—A la orden, señor.

Blay Farrell vio descolgar el teléfono al agente y nuevamente gritó:

—¡No! ¡Esperen! ¡Son cosas que no deben trascender! ¡Yo mismo tenía órdenes de no divulgarlas! ¡Sólo las conocen algunos miembros del Gobierno Central Mundial! ¿Por qué creen que en todas las bases aéreas de la Tierra el personal está bloqueado y no puede salir de ellas, ni hablar con sus familiares?

Vio que el inspector le miraba fijamente, pero indicándole con un gesto al agente Guy que no discase en el teléfono. Aquello animó a Blay Farrell al ver que nuevamente se disponía a escucharle y le soltó:

—Sí, inspector… Últimamente hemos tomado contacto con habitantes de otro mundo.

El inspector Lewis Hoffenblad dijo incisivo:

—Repita eso, capitán.

—En la Base de Prestwich hay dos naves extraterrestres, inspector. Sé que muy pocas personas están enteradas de este sorprendente acontecimiento, aparte del personal destinado allí, pero lo que le digo es cierto.

—¿Dos naves extraterrestres?

—Dos OVNI o dos Platillos Volantes, como los quieran ustedes llamar. Llegaron tripulados por unos robots, que nos envían los habitantes de Cygni, un planeta que el astrónomo Silvio Lembo calculó está en la Constelación de Libra.

El inspector Hoffenblad recordó, siempre con su aire entre extrañado e incrédulo:

—¿Se está usted refiriendo a Silvio Lembo, el que murió en la finca del Secretario de Defensa en ese desgraciado incendio?

—Sí, inspector. Pero aquel incendio no fue un accidente. ¡Fue un asesinato!

—¿Cómo?

—Recordarán a las personas que murieron allí: ellos, exceptuando los criados y el ayudante del general Quiin, junto a un hombre no identificado que le acompañaba, estuvieron presentes en la charla que sostuvimos con el robot.

El inspector Hoffenblad volvió a cruzar miradas con sus hombres y más incrédulamente volvió a preguntar:

—¿Quiere hacernos creer que alguien estuvo hablando con esos robots?

—Sí. El coronel Holtzman, el ingeniero Hokusai Aki, el astrónomo Silvio Lembo, mi esposa y yo…

Blay Farrell vio que se acentuaba la sonrisa en los labios de los dos agentes uniformados mirando a su jefe y atajó la burla, añadiendo:

—Ya sé que les costará trabajo creerlo, pero fue así: entre todos preparamos el informe para el Secretario de Defensa, el general Paul Quiin.

Lewis Hoffenblad se puso a tamborilear con los dedos sobre el respaldo del sofá que seguía separándole del hombre que les contaba todo aquello y sólo acertó a musitar, quedamente:

—Bien, bien, bien… Es una bonita «historia», capitán Farrell. Pero hay algunas cosas que no encajan.

—¿Por ejemplo, inspector?

—Primera: si usted dice que nadie puede salir de la Base de Prestwich, ¿qué diablos hace usted fuera de ella?

—El mismo Secretario de Defensa me dio permiso para casarme con la señorita Lise Borg, que ya es mi esposa. ¡Eso es lo que nos ha salvado!

—¿Cómo dice?

—Que de no haber salido los dos de la Base con rumbo desconocido en nuestro viaje de boda, ahora seguramente ya estaríamos muertos. ¡Tengo pruebas de lo que digo, inspector!

—¿Qué pruebas?

—Mi esposa recibió una carta, invitándola a la finca de recreo del general Quiin, que no pudo abrir por estar ausente en ese viaje.

—¿Quién escribió esa carta, o esa invitación?

—Lo ignoramos: pero la letra está falsificada. ¡Es la mía!

Nuevamente Lewis Hoffenblad abrió mucho la boca indagando:

—¿Cómo…?

—Así es, inspector: el asesino esperaba que, al recibir mi nota, Lise acudiese a esa finca, para que muriese allí también.

—¿Por qué cree que querían matarla?

—Por la misma razón que han asesinado al general Paul Quiin, al

coronel Holtzman, el ingeniero Hokusai y el astrónomo Silvo Lembo. ¡Por una información que nos transmitió el robot llegado de Cygni!

—¿Qué clase de información?

—Entre otras cosas, nos habló de Los Sosias.

—¿Los Sosias?… —el inspector Hoffenblad suspiró hondo —. Créame que cada vez le comprendo menos, capitán Farrell. Me esfuerzo en escucharle, sin perder la paciencia, pero…

—Y yo comprendo que todo esto les puede parecer a ustedes muy extraño, cuando no la charla de un loco, de un demente. ¡Pero les aseguro que todo es verdad! Más adelante podrán comprobarlo, inspector.

—De acuerdo, capitán. ¿Qué decía de esos Sosias?

—Al parecer, son unos extraños seres con capacidad para adaptarse a otras clases de vida, adoptando mil formas, la que más les convenga. ¡El teniente Pat Summer fue uno de ellos!

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mi esposa y yo le vimos desaparecer, convirtiéndose su cuerpo en aquel horrible líquido compacto y viscoso. De otra forma no comprendo cómo, siendo nuestro amigo, vino aquí para matar a Lise.

—Le aseguro que mi cabeza empieza a dar vueltas, capitán Farrell; pero si no entiendo mal usted quiere decir que esos seres… esos Sosias, pueden vivir dentro de cualquier persona, adoptando su apariencia. ¿No es así?

—No sé cómo lo consiguen, pero debe de ser así. El robot nos habló de ellos y nos dijo que…

El inspector Lewis Hoffenblad tuvo una idea:

—Lo mejor será trasladarnos a la Base de Prestwich y que yo mismo vea esas naves y «hable» con el robot. ¿No le parece, capitán?

Blay Farrell no contestó. No estaba muy seguro de que le dejaran entrar. Al menos las órdenes de guardar el secreto de todo aquello eran bien concretas. Él mismo, dudaba hasta qué punto había hecho bien en contarles todo aquello.

Claro que las circunstancias le justificaban. Habían intentado asesinar a su esposa, tenía casi la certeza de que el general Quiin y sus invitados no habían sido víctimas de un accidente y, sí de alguna monstruosa conjuración y, para mayor abultamiento, delante de sus propios ojos y de los de Lise Borg, habían visto cómo el líquido rojo se extendió y extendió por la alfombra hasta que se lo «comió», convirtiendo el cuerpo del cadáver a la vez en más liquido viscoso.

Vio la impaciencia en los ojos del inspector y sus agentes, y al fin contestó:

—Podrán ver las dos naves, si les dejan entrar, pero no podrán

hablar con el robot. ¡También fue destruido!

El agente Guy volvió a descolgar el teléfono, exclamando:

—No hay duda, inspector. ¡Está como un cencerro! Llamaré para que vengan por él.

—¡No sean estúpidos! ¡Les he dicho la verdad! — gritó Blay Farrell, ya también perdida la paciencia—. ¿Por qué creen que les he contado todo esto? ¿Es mentir que mi esposa está desmayada en el Hospital bajo una fuerte impresión?

Y en aquel instante, para complicar más las cosas, cosas, la misma Lise Borg avanzó por el pasillo diciendo:

—Harán bien en hospitalizarle, inspector. ¡Mi esposo está loco!

Capítulo XII

Blay Farrell quedó petrificado, girando la cabeza hacia el pasillo por donde avanzaba Lise Borg, seguida de un hombre de bastante edad que, de momento, el joven piloto no acertó a reconocer.

Se trataba del sabio atómico Curt Hartman, que se presentó al inspector Lewis Hoffenblad, diciéndole:

—Deben llevárselo cuanto antes, inspector. Por lo que me ha contado su esposa, este hombre es muy peligroso.

Blay Farrell apartó con bruscos movimientos a los dos agentes que intentaron acercarse a él, plantándose ante su esposa y gritándole:

—¿Qué ocurre, Lise? ¿Por qué dices que estoy loco?

Serena, sonriéndole, la mujer intentó calmarle:

—No te excites, cariño. Estoy segura de que pronto te pondrás bien el Hospital. Me ha dicho el profesor Hartman que estos ataques son frecuentes en los astronautas. Los vuelos espaciales, a veces, trastornan momentáneamente y…

—¡Narices! —protestó mirando a todos los reunidos en aquella habitación Blay Farrell —. ¡Me encuentro perfectamente! ¡Tú eres quien se desmayó y tuve que llevarte al Hospital!

—¡Naturalmente, Blay! Me asustó mucho tu actitud y todo lo que decías de un líquido blanco, de un hombre que quiso asesinarme y otras cosas…

Blay Farrell se irritó aún más:

—¿Cómo? ¿Vas a negar que fue verdad? ¿No viste tú misma al teniente Pat Summer?

Lise Borg puso cara de suprema incredulidad:

—¡Pobre Blay! Creo que deben darte un calmante antes de que vuelvas a…

La mujer se volvió al inspector Lewis Hoffenblad y se creyó en la obligación de informar:

—No sé lo que puede haberles contado a ustedes, inspector. Pero les aseguro que me asusté mucho cuando le vi tan excitado y me desmayé. Hablaba y hablaba de unos seres de otro planeta, de un líquido blanco que se movía, de…

—¡Rojo, Lise! ¡El líquido era rojo como sangre! ¡Y tú lo viste bien!

Mientras los dos discutían, el inspector Hoffenblad creyó prudente interponerse entre los dos esposos y, mirando a Lise Borg, señaló al suelo, preguntando:

—¿Usted tenía aquí una alfombra y una mesita, señora Farrell?

Blay Farrell se desesperó aún más al oír la respuesta, llena de extrañeza:

—¿Cómo dice, inspector? ¿Una alfombra y tina mesita?... No... Nunca tuve eso que dice en la habitación. ¿Por qué?

—Por nada, señora Farrell... ¡Por nada!

Lewis Hoffenblad se dirigió a sus hombres, animándoles:

—¡A por él, muchachos! ¡Le sujetaremos hasta que llegue la camisa de fuerza!

Al ver que los tres avanzaban hacia él, Blay Farrell reculó, volviendo a ponerse a la defensiva.

Instantes después, luchaba contra ellos como un loco auténtico, como un poseído por todos los demonios.

Y les habría vencido, sin duda, si el anciano profesor Curt Hartman, situándose astutamente en la refriega tras él, no le hubiese golpeado en la cabeza haciéndole perder el sentido.

Los dos agentes y el inspector Hoffenblad resoplaron al verle caer.

—¡Uf! Es excesivamente fuerte. Gracias, profesor Hartman. ¡Veremos lo que de él dicen en el manicomio! — dijo el inspector.

* * *

Blay Farrell se sentía impotente metido en aquella especie de camisa, fuerte y resistente, que no le permitía mover los brazos.

Estaba tendido en un blanco lecho y se dio cuenta al volver en sí de que las paredes de la habitación estaban acolchadas. A su derecha había una mesita de noche y en ella varios frascos y potingues.

También había una jeringa y una aguja hipodérmica.

Pero lo que más le alarmó fue el descubrir un pequeño frasquito lleno de un líquido rojo, parecido a sangre. Le alarmó porque, al instante, sin tener ninguna duda, lo identificó con el que fugazmente había visto en las manos asesinas del teniente Pat Summer, cuando fue al apartamiento de Lise Borg para asesinar a la muchacha.

Se movió como pudo en el lecho y alzó la cabeza gritando:

—¡Enfermera! ¡A mí!

Pese a la camisa de fuerza que le aprisionaba, logró incorporarse y, entonces, sus ojos descubrieron algo que le tranquilizó. Junto a la ventana estaba la atractiva figura de Lise Borg. ¡Su esposa!

Pero luego recordó y, al verla avanzar hacía él, sólo acertaron a musitar sus labios, quedamente, casi como una pregunta:

—¡Lise!... ¿Tú... tú aquí?

—Sí, cariño. ¿Quién mejor enfermera que tu querida mujercita?

La miró sintiendo que le corría el sudor por la frente y que la boca se le secaba:

—¿Por qué me habéis traído aquí, Lise? ¿Por qué dijiste que estoy loco?

Antes de responder, Lise Borg miró a la puerta fijamente. Vio que seguía cerrada y el azul de sus grandes pupilas pasó a la mesita de noche, descansando sobre el pequeño frasquito del líquido rojo. Sus manos bien cuidadas manipularon en la jeringuilla armándola con la aguja hipodérmica, y contestó reposadamente:

—Te he traído aquí porque te conviene, mi amor. ¡Pronto te encontrarás bien!

—¿Qué vas a inyectarme, Lise? ¿Qué es eso?

Las cuatro pupilas se taladraban y la mujer puso gran énfasis en la mirada y la voz al decir:

—¡Savia de Vida, Blay! ¡Savia de una vida que te maravillará!

Los temores del hombre iban concretándose y osó decir, anhelando que ella le contradijera, tranquilizándole:

—Lise... Tú... Tú ya eres de los «suyos», ¿verdad? ¡Ya eres uno de esos Sosias!

—Sí, mi amor... El profesor Curt Hartman logró inyectarme, en un descuido en el Hospital.

—¿Inyectarte? ¿Es... es así como os transformáis? ¿Tal como quiso hacer contigo Pat Summer?

—Veo que sigues tan inteligente como antes, Blay. ¡Así es!

Y luego, sentándose en el borde de la cama y mostrándole el pequeño frasquito de líquido rojo, añadió con éxtasis:

—¡Ya verás que no duele! ¡Aquí está el fluido vital de un Sosia! ¡Ha viajado por el espacio durante muchos años! No llegó destinado para ti, Blay. Pero tú complicaste las cosas y ya... ¡tienes que ser uno de nosotros!

Blay Farrell, impotente dentro de su camisa de fuerza, estaba como hipnotizado por todo lo que le decía Lise Borg. Su esposa Lise Borg o el ser que ahora estaba encarnado en ella, dentro de su apariencia exterior.

La vio cargar la jeringa con aquel líquido rojo viscoso y gritó:

—¡Socorro! ¡A mí!

—No seas niño. ¡Nadie puede oírte! Esta habitación observa que tiene las paredes y la puerta acolchadas. Está construida a prueba de ruidos... ¡para que los «locos» como tú no molesten!

—¡Yo no estoy loco! ¡Tú hiciste que lo creyeran así!

—Fue preciso, Blay. ¡Hablaste demasiado sobre todo lo que nos contó aquel robot! En la Tierra nadie... ¡nadie! debe saber que hay seres en otros mundos que podemos adoptar vuestra apariencia exterior. Eso les alarmaría y se pondrían en guardia.

Desesperado, forcejeando con la camisa de fuerza que le sujetaba al lecho casi impidiéndole todos los movimientos, encontró aún ánimos, rabia y furia para preguntar, sin apartar la vista aterrorizada de aquella fina aguja hipodérmica que se acercaba a su brazo:

—¿Por qué queréis vivir aquí? ¿No estáis bien en vuestro mundo?

— Sí... Muy bien! Pero aspiramos a dominar todo el Universo. Y lo vamos consiguiendo. Nosotros no poseemos armas tan poderosas como vosotros o los inteligentes habitantes de Cygni. ¡Pero utilizamos sus veloces naves para llegar a todos los planetas! Sin saberlo, ellos mismos nos sirven. ¡Muchos habitantes de Cygni ya son de los nuestros!

—¿Y aquí, en la Tierra?

—También ya somos miles... ¡Millones!

Blay Farrell quedó hondamente impresionado. ¿Era posible todo aquello? .

—Tranquilo, mi amor... Aparentemente tú seguirás siendo Blay Farrell, el excelente piloto que hace poco se casó con Lise Borg. Yo misma, ya ves que para nada he cambiado. Pero por mis venas ya no corre sangre humana, ¿sabes, Blay? Ahora corre la vida de otro ser que llegó hasta aquí en estos pequeños frasquitos. Los dos seguiremos juntos, laborando juntos por nuestra causa. ¿No te gusta?

—¡Detesto esa transplantación de mi ser a otro! ¡Nunca renunciaré a mi condición humana!

—Nadie lo notará nada más que tú. ¡Te lo aseguro, Blay!

—Pero yo moriré... ¡Vas a matarme, Lise! ¡Vas a asesinarme!

—Razonas mal, Blay... Te olvidas de que ya no soy Lise. ¡No es tu querida esposa la que obra en mí! ¡Es otro ser!

—¡Un ser monstruoso! ¿Desde cuándo estáis llegando a la Tierra?

—Desde que los habitantes de Cygni lograron llegar aquí con sus naves. ¡Ya hace tiempo!

Blay Farrell recordó. Más que su miedo pudo su curiosidad y preguntó:

—¿Son ellos, esos robots que nos envían en sus naves, los que os traen a la Tierra sin ellos saberlo?

—Sí, Blay... Son máquinas que, por muy perfeccionadas que estén, es fácil engañar. En Cygni te he dicho que tenemos de los nuestros filtrados entre ellos: son los que colocan los frasquitos con la

savia vital. Al llegar aquí sólo tenemos que inyectarla en algún cuerpo humano y…

Blay Farrell sabía que él, como ser humano, iba a morir. Sabía que su cuerpo sería utilizado para que uno de aquellos extraños seres viviera en él. A partir de aquellos instantes colaboraría con su labor de penetración. ¿Cuántas envolturas humanas ya servían así? ¿Qué altos puestos ocupaban? ¿En qué sitios claves se habían filtrado? ¿Cuál era su poder? ¿Cuál su fin?

No tenía tiempo para contestar a tantas preguntas. Pero los minutos que le quedaban de vida como el real y auténtico Blay Farrell los emplearía para luchar como un ser humano: para luchar como correspondía a un hijo de la madre Tierra.

Estaba impotente, aprisionado en aquel traje de loco. Pero le quedaba la inteligencia y la emplearía. Al menos para ganar tiempo…

—Dime una cosa más —solicitó—. ¿Por qué no encontraron otros robots tripulando la otra nave procedente de Cygni?

—Los encontraron. Pero el coronel Holtzman envió al teniente Pat Summer, ignorando que ya era uno de los nuestros. Él se encargó de inyectar a los hombres que le acompañaban. Los «envíos» llegaban en aquella nave. Cuando salieron ya todos eran de los nuestros. ¿Comprendes ahora, Blay?

—¿Y qué pasó con Pat Summer? ¡Yo le vi desaparecer! ¡Se convirtió su cuerpo en líquido rojo, viscoso, cuando entró en contacto con el que se vertió del frasquito que tenía en su mano, del cual quería inyectarte a ti… Bueno… ¡A mi esposa!

—¡Ésa es nuestra muerte, Blay! Si la savia de la vida se vierte antes de penetrar en el cuerpo de otro ser, se extiende, se desparrama, cuece, hierve y al fin se consume. ¡Necesita otra envoltura para seguir viviendo!

—¿Quién cambió la alfombra manchada?

—¡Nosotros! Tú estabas muy atareado con el desmayo de tu frágil esposa.

Vio que las manos se acercaban para clavarle la aguja hipodérmica y gritó:

—¡Nunca conseguiréis vuestros fines! ¡Nunca!

—Te equivocas. No somos poderosos como vosotros. ¡Pero nadie es capaz de identificarnos! Adoptamos mil formas y podemos vivir en mil planetas, en mil mundos distintos. Y nuestro mayor poder es ése.

—Ahora comprendo por qué asesinasteis al general Quiin y sus invitados. ¡Porque el robot nos habló de Los Sosias!

—Sí. En Cygni ya saben de nuestra existencia. ¡Pero son incapaces de localizarnos! Toda su maravillosa y adelantada ciencia nada puede

contra nosotros.

Hizo una pausa y añadió:

—Por ejemplo, ¿quién sospechará que tú no sigues siendo Blay Farrell? ¡Nadie! Saldrás de aquí «curado» de tus visiones y ataques de «locura». Volverás a prestar servicio en la Base de Prestwich... ¡Y nos servirás desde allí!

Se inclinó sobre el brazo masculino y antes de que pudiera hundir la aguja quedó como petrificada. Una voz que parecía brotar de las paredes anunció:

—¡ Quieta! ¡La estamos apuntando!

Capítulo XIII

Blay Farrell se reponía ele su crisis nerviosa en un Sanatorio y mirando al amigo que había venido a visitarle, le preguntó al teniente Dikson Lolman:

—¿Cómo van las cosas, Dikson?

—Perfectamente, Blay. Se les está localizando.

—¿Resulta muy engorroso hacerlo?

—No... ¡Al contrario! Basta con un análisis de sangre.

Guardaron silencio y Blay Farrell volvió a preguntar:

—¿Cuántos hasta ahora, Dikson?

—¡ Unos seis millones esparcidos por todas partes! Se ha ido con mucha cautela: se han acordonado los distritos, los equipos sanitarios se han presentado inesperadamente y... ¡A trabajar! ¡No puede escapar así ni una rata!

El enfermo volvió a quedar pensativo y al poco exclamó, con un susurro:

—¡Pobre Lise! ¡Qué poco nos duró el matrimonio!

—Lo siento, Blay... Pero gracias a ella pudo descubrirse todo.

Blay Farrell rechazó, molesto:

—¡Aquel monstruo no era ella! ¡Sólo ocupaba su cuerpo! ¡Fue su Sosia!

—Pero charló y charló incitada por tí, ignorando que el inspector Lewis Hoffenblad, como buen hombre precavido, ordenó instalar unos micrófonos en el cuarto del manicomio a donde te trasladaron.

El hombre que reposaba en el Sanatorio se miró su brazo tostada la piel por el Sol y dijo, recordando:

—¿Sabes que estuve muy cerca de convertirme en uno de ellos, Dikson?

—Sí, Blay... ¡Lo sé! Hoffenblad me dijo que lograron entrar cuando ya la aguja pinchaba tu piel.

—¡Fue espantoso!

—Debió de serlo... ¡Ahí es nada! Pensar que mueres y que, sin embargo, otro ser de un mundo extraño, tan ajeno y lejano a nosotros, vive en ti. ¿Cómo te encuentras?

—Ya bien... Más tranquilo.

Dikson Lolman quiso cambiar de tema y preguntó al amigo:

—¿Volverás a la Base?

—En cuanto me den de alta. ¡Tengo grandes proyectos!

—¿Qué proyectos, Blay?

Reinó una pausa en el enfermo, que al fin dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo:

—Hacer un viajecito a Cygni.

—¿A Cygni? ¿Al planeta desde el cual enviaron los robots en sus naves?

—Sí, Dikson… La Tierra debe su existencia a los seres que pueblan ese mundo. Ellos acondicionaron los cerebros electrónicos de su robot, para avisarnos de la existencia de Los Sosias. De no ser por ellos…

—Sí, de acuerdo, pero… ¿Cómo llegar hasta allí?

—¿No vienen sus naves hasta aquí?

—Cierto: pero conducidas por robots. El viaje es larguísimo. Recuerda que aquella máquina parlante nos informó…

—No me importará llegar allí viejísimo. ¡El caso es establecer contacto directamente!

—¿Y si mueres por el camino, Blay?

—.¡Mala suerte! Al menos lo intentaré. ¡Es lo menos que podemos hacer!

—Tendremos que esperar a que otra de sus naves aterrice en la Tierra.

—¡Lo harán! Han venido haciéndolo desde hace siglos. Entonces, los robots no serán destruidos, les dejaremos regresar y les llevaremos nuestro mensaje de amistad y colaboración. Quién sabe si un día, las relaciones puedan ser mucho más estrechas y directas.

Dikson Lolman guardó silencio. Le molestaba volver al mismo tema, pero dijo:

—Añoras a Lise, ¿verdad?

Por toda respuesta, Blay Farrell dijo:

—La amaba y era mi esposa.

Y luego, como más amplia explicación al amigo:

—Sin ella, ¿qué hago yo aquí? Lise era toda mi vida y, si puedo dedicar ésta a algo grande, hermoso y noble, ¿por qué no ofrecerla?

El joven teniente Dikson Lolman movió la cabeza, como si quisiera quitarse la idea que rondaba por allí. Blay Farrell le observó y conociéndole bien dijo:

—¿Qué pasa, muchacho?

—Nada, Blay, nada. Estaba pensando que…

—Vamos… ¡Suéltalo!

Animado, Dikson Lolman, al fin, exclamó:

—¿Por qué no pides que la indulten? Así podrías verla y quizá

esto te consolaría algo de la pérdida de Lise… Siempre estuviste muy enamorado de ella.

Blay Farrell denegó con la cabeza:

—No… Lise ha muerto. Lo que vive en ese cuerpo ya no es ella.

Sin embargo, tras el intervalo de encender un cigarrillo, preguntó:

—¿Que van a hacer con todos «ellos»?

—Están trasladándoles a la estación espacial «Marcus». Allí vivirán bajo vigilancia.

—¡Deberían matarlos! ¡A todos!

—No. Blay… Tranquilízate. Una cosa así no podemos hacerla.

—¿Acaso ellos no han asesinado impunemente?

—Ahí está la diferencia. Nosotros debemos obrar de otra manera.

—¿Y si queda alguno? ¿Cómo podremos estar ya seguros? ¿Quién me asegura que ahora…? ¡Ahora mismo!, ¿yo no estoy hablando con mi buen amigo Dikson Lolman, sino con tu «Sosia», con uno de ellos?

El joven teniente piloto sonrió abiertamente:

—Por favor, Blay. ¡Tranquilízate!

—Tienes razón; perdona.

Por el cuidado jardín del Sanatorio avanzaba una enfermera y la vieron cruzar en dirección a uno de los pacientes que tomaba el sol junto al estanque. Blay Farrell se fijó en que llevaba algo en las manos y se incorporó nervioso en su asiento exclamando:

—¡Va a inyectarle!

Dikson Lolman quiso tranquilizarle poniéndole sus manos amigas en los hombros:

—Bueno… ¿Y qué? Quizá sea el tratamiento de ese enfermo.

—Pero… ¿Y si ella es… es…?

—Te lo vuelvo a rogar, Blay: debes desechar esas ideas y no pensar siempre lo mismo. ¡Terminarás por obsesionarte!

—No puedo evitarlo, Dikson… Cada vez que veo una inyección me acuerdo de…

—Ya no hay cuidado. Te repito que todos están siendo localizados.

—¡Dios quiera que así sea!

—Lo será, Blay, lo será…

—Es la nueva tarea que le espera al hombre, Dikson: luchar contra posibles enemigos del espacio, de otros planetas, de otros mundos y Galaxias. ¿Por qué siempre se tendrá que luchar?

—No lo sé, Blay: pero, en todo caso, consuela saber que también podemos encontrar amigos. Esos mismos habitantes de Cygni han

demostrado que...

Blay Farrell le interrumpió, esforzándose en imaginar:

—¿Cómo serán ellos? ¿Fabrican sus robots a semejanza nuestra por una delicada gentileza, o son también de forma humanoide?

—¡Cualquiera lo sabe!

La tarde declinaba plácidamente y Blay Farrell, buscando los últimos rayos del Sol que se perdían al fondo del jardín, con un hilo de voz, musitó:

—Sí, Dikson... ¡Cualquiera sabe! La Vida es múltiple y tiene mil formas caprichosas. ¡Creo que al hombre, a la raza humana, aún le queda mucho por aprender.

F I N